

El ENIGMA de C.O.E.
por el PROFESOR HASLEY.
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO


Profesor HASLEY
EL ENIGMA DE C. O. E.
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Donald Stanton. Jefe de la base atómica de Los Alamos.

Rosalind. Antigua compañera de Donald.

Chi Kiang. Agente del Servicio Secreto de los Estados Unidos.

Toscanelli. Sabio atómico al servicio de los hombres azules.

DR. Warren. Jefe de la base de la C. O. E.

DR. Stevensok. Sabio atómico al servicio del Doctor Warren.

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA



CAPITULO PRIMERO

EL centinela fue tajante en su orden. ¡Alto, o disparo!

Aquel pequeño hombre que se había acercado a las alambradas con gesto indiferente, se detuvo en el acto.

—¡Pronto! Cuerpo a tierra y con las manos en la cabeza.

El hombre vaciló un segundo y luego obedeció la imperiosa orden del centinela.

—Tú no tirar pequeño chino. Ser amigo.

El centinela siguió encañonándole con su arma, a pesar de las palabras pacíficas del extraño visitante. Había dado la voz de alarma y estaba esperando la llegada de sus compañeros. De lejos se oían distintas voces que repetían la alarma, y pasos precipitados se iban aproximando.

—¿Qué sucede, Mc Cloy? —preguntó el sargento, que en aquellos momentos llegaba jadeante.

—Un desconocido ha atravesado la primera barrera de seguridad. Le tengo ahí en el suelo con las manos en la cabeza.

El sargento miró en la dirección indicada por el centinela y vio al pequeño hombre, que había obedecido instantáneamente la orden dada por el mismo.

Unos cuantos soldados más del cuerpo de guardia se habían aproximado y rápidamente habían rodeado a aquel individuo.

—Está bien, No dejéis de apuntarle, muchachos.

—Yo ser pequeño chino amigo —dijo el que se encontraba en tan precaria situación.

—Eso vamos a verlo en seguida —bramó el sargento—; levántate sin quitar las manos de tu cabeza.

El pequeño personaje así lo hizo, y todos los hombres allí congregados pudieron examinarlo detenidamente. Se trataba de un hombre de edad indeterminada. Quizás tuviera cuarenta años. El color de su piel y la configuración de toda su cara indicaban claramente que, al menos, era verdad lo que decía con respecto a su nacionalidad. Aunque vestía a la europea, llevaba la ropa con el desaliño característico de los orientales.

—Bien. Acércate aquí y procura no hacerme ninguna jugarreta, porque no te daría tiempo de arrepentirte.

—Mi no hacer jugarreta —dijo el chino en su dificultosa jerga. Mi abuelo decir no comer uvas que el dueño no permitírtelo.

—Me parece excelente la idea —replicó el sargento—. Sobre todo las uvas de aquí serían altamente perjudiciales para tu salud.

Luego, y a una orden de éste, el chino fue conducido hasta el inmediato puesto de guardia.

* * *

Quizás aquel hijo del Celeste Imperio no sabía el lugar en el que se encontraba, o quizás lo sabía demasiado.

En el primer caso su aproximación a aquellos terrenos era una casualidad que podía costarle cara. En el segundo caso la situación sería mucho más grave.

Uno de los sitios más vigilados de los Estados Unidos era precisamente aquel territorio de los Alamos, desde donde hacía mucho tiempo los ejércitos de los Estados Unidos, asesorados por un grupo de sabios, realizaba sus experiencias atómicas.

El doce de junio de 1984, día en el que sucede el incidente narrado, la situación en el planeta seguía siendo todo lo confusa que puede ser. La loca carrera de armamentos realizada por las

grandes potencias de la Tierra, había conducido a una tensión entre los países muy parecida a la nefasta época de la postguerra mundial. La necesidad de poseer grandes arsenales —al objeto de amedrentar al posible enemigo haciéndole ver que el desatar una guerra atómica habría de suponer forzosamente la destrucción total de la vida en el planeta—, obligaba a las grandes potencias a no cejar en sus esfuerzos por mantener la supremacía, o por lo menos la igualdad en este terreno, con el posible enemigo.

Cada día un nuevo detalle de la técnica se sumaba al poderío atómica de los países, haciendo que en esta terrible carrera de la muerte se consiguieran pequeñas ventajas por parte de los adversarios más calificados, ventajas que rápidamente eran superadas merced a la actividad de los hombres dé ciencia de otros países y, en ocasiones, merced a la actividad de los espías, que aparecían enquistados inopinadamente en los más peligrosos sitios y en todas las clases sociales.

* * *

La comitiva con el prisionero había llegado al cuerpo de guardia y el sargento hizo entrega al comandante del puesto, capitán Berrens.

—Bueno, ¿qué es lo que se te ha perdido por aquí? —preguntó éste al prisionero, que parecía estar tranquilo.

—Yo no estar nunca por aquí. No poder perder nada —contestó el asiático serenamente.

—Me parece que, en primer lugar, vas a perder la libertad —repuso con acento fiero el capitán—, y eso si queda ahí la cosa.

—Libertad ser un pensamiento. Pensamiento no poderse perder.

—Bueno, basta ya de filosofía barata —dijo el capitán—, inmediatamente tienes que dar una explicación convincente, del por qué te has aproximado aquí.

—Yo tener que visitar un amigo. Amigo vivir aquí, no poder ir a otro sitio

—¿Que tú tienes un amigo aquí? —intervino el sargento con acento furioso—. ¿Qué demonios de amigo tienes tú aquí?

—Yo ser un gran pecador —contestó e! chino sin inmutarse—. Hacer obras buenas, pero no ser bastante. Después de muerte tener demonio, aunque no amigo, a mi lado. Pero aquí no tener demonio: Tener amigo:

—Bien, ¿y cómo se llama tu amigo? —preguntó el capitán.

—Amigo mío ser general Donald Stanton. Sed buen amigo.

Entre el capitán y el sargento se cruzó una mirada de inteligencia. La declaración del chino les había sorprendido. En efecto, el general Donald Stanton era el jefe táctico de los experimentos de aquella base. Aunque les pareció sorprendente la declaración del chino, no por ello dejaron de considerar que podía ser cierta.

—¿Que tú eres amigo del general? —preguntó el capitán.

—Sí. Muy amigo. General ser hombre valiente y yo ser amigo del hombre valiente.

—Bueno, pues —dijo el capitán—, eso lo vamos a comprobar pronto. Por el momento he de decirte que tu amigo —y aquí el capitán subrayó intencionadamente las palabras—, no se encuentra aquí. Ha salido hacia Washington y volverá dentro de unas semanas. Mucho me temo que no podamos ofrecerte un alojamiento de tu agrado. Tendrás que permanecer encerrado en un calabozo de la guardia hasta que llegue tu amigo.

El sargento ordenó a dos de sus hombres que hicieran un cacheo a fondo al asiático y sólo le encontraron su documentación.

El individuo parecía llamarse Chi Kiang, y por su pasaporte se adivinaba que había entrado en los Estados Unidos pocos días antes.

—Esto es muy interesante —comentó el capitán—. Así que eres amigo del general y hace pocos días que te encuentras en los Estados Unidos. ¿Cómo puedes explicar eso?

—Estados Unidos ser un gran país. Chi Kiang viajar mucho para llegar aquí. Pero Estados Unidos no ser toda la Tierra. Los hombres pueden ver en más sitios.

El argumento del asiático era contundente y el capitán decidió no continuar el interrogatorio.

Tal vez lo mejor era ponerlo en manos de los especialistas destinados en la base para contrarrestar a los espías.

—Bueno, sargento, enciérrelo en el cuerpo de guardia y ponga un centinela dentro del mismo calabozo. Ni un solo segundo se ha de perder de vista a este hombre. Quizá se trate de un asunto importante.

Dos hombres cogieron por los brazos al chino y se dispusieron a llevarlo al lugar de su encierro.

El asiático no se inmutó. Hizo una profunda reverencia al capitán y dijo:

—Yo dar gracias gran jefe americano. Chi Kiang ser menos que la sombra de una bellota. El gran jefe considerar asunto importante: Dar mil veces las gracias —terminó el chino, volviendo a hacer una profunda reverencia.

Los dos muchachotes americanos que lo habían cogido de los brazos, le lanzaron una mirada entre furiosa y divertida y, con cierta violencia, lo llevaron a uno de los calabozos del cuerpo de guardia, donde dejaron al asiático encerrado con un centinela de vista.

CAPITULO II

DURANTE varias horas los centinelas fueron relevándose en la vigilancia del asiático. Este parecía ser un hombre de piedra. La faz impenetrable característica a los hombres de su raza, acentuada por la situación, hacía imposible sospechar qué es lo que pensaba el cerebro de aquel hombre.

La orden a los centinelas había sido tajante: No hay que quitarle la vista de encima. Cualquier movimiento sospechoso será cortado en el acto. Si insiste, disparad sobre él.

Chi Kiang pensaba en cuantas cosas había oído. Comprendía que era natural que tomaran aquellas medidas contra él. Sin embargo, no dejaban de molestarle.

En aquellos momentos el centinela que estaba con él era un muchacho del sur, con el pelo negro en extraño contraste con la cara llena de pecas. Sus ojos permanecían casi fijos en el prisionero, y el asombro más grande le invadía al ver cómo el hombre permanecía en cuclillas, sin moverse apenas, casi sin parpadear y con la mirada perdida en un punto indefinido del calabozo.

—Amigo gran jefe estar una semana fuera.

El centinela no entabló diálogo con el asiático, a pesar de la frase que éste le lanzaba como cebo.

—Abuelo de Chi Kiang decir siempre que una noche poder pasar como las gallinas, pero que las camas haberse inventado para los hombres.

El centinela permaneció imperturbable en su actitud.

El chino se levantó y comenzó a pasear por la habitación, mientras el centinela empuñaba su arma con las dos manos, en previsión de cualquier ataque.

—Te aconsejo que no intentes nada. La recámara de mi fusil lleva trece tiros y sentiría convertir en un colador a un hijo del Celeste Imperio.

—Mi humilde persona ser menos que el ala de una mosca, pero Chi Kiang tener afecto a mi humilde persona —dijo el chino.

El centinela masculló algunas imprecaciones ante la salida de aquel hombre.

—De todos modos es bueno que lo recuerdes: Aprieto el gatillo, y ya está.

—Chi Kiang tener buena memoria —respondió el chino.

Durante varios minutos más, éste continuó sus paseos a lo largo

de la habitación. Su mente parecía estar ocupada en un lejano problema y el centinela hubiera jurado que por momentos parecía olvidarse de cuanto le rodeaba, al verlo como se detenía en medio de la habitación y con la mirada perdida se tiraba con gesto preocupado del lóbulo de la oreja.

—Base —dijo Chi Kiang— haber problema complicado. Venerable padre de Chi Kiang comprar a plazos un juego de té. Firmar letra y tener que pagar a plazo fijo. Si no haber dinero no pagar la letra, y no pagar letra quitar el juego de té.

El muchacho hizo caso omiso de aquellas palabras y continuó su expectante vigilancia.

—Chi Kiang poder decir a un amigo que dejar dinero para pagar juego de té, pero entonces todo el mundo enterarse de padre de Chi Kiang haber contraído una deuda.

Durante varios minutos continuó aquel extraño monólogo, haciendo que el centinela maldijese la hora en que le había tocado tener que hacer guardia junto a aquel asiático que parecía estar loco, hablando de las extrañas deudas de su venerable padre.

—Entonces Chi Kiang —continuó el chino— decir al honorable comerciante: Padre de Chi Kiang no poder pagar la letra este mes, hacerlo mes que viene, si no, Chi Kiang pegar fuego edificio y perder más dinero honorable comerciante; y honorable comerciante no cobrar nada ese mes.

Apenas había entrado en la celda el chino prisionero se había quitado los zapatos y caminaba silenciosamente, haciendo infinitas veces su trayecto.

El centinela sentía que el sueño le iba invadiendo, pero la necesidad de estar alerta le sacaba la modorra y procuraba no quitar ojo al prisionero.

Por su parte, éste se hallaba en el centro de la habitación.

—Mi no poder estar mucho tiempo descalzo por este sitio frío. Entrar calambre pie.

Y mientras decía esto había levantado una de las piernas y se friccionaba fuertemente el pie entumecido.

—Ser mejor que chino sentarse hasta que pase el calambre —continuó.

Con el cuerpo un poco encorvado se dirigió hacia una de las paredes, al objeto de sentarse en el suelo, según parecía, y reclinarse en el muro.

De pronto, y cuando se encontraba a unos tres metros de distancia del centinela, su cuerpo se distendió en un poderoso salto y golpeó con su cabeza el estómago del desprevenido muchacho.

Apenas habían caído los dos al suelo, cuando ya el chino se había recuperado y, provocando el desconcierto de su contrincante, le atenazaba el cuello con una poderosa llave de piernas, mientras con sus brazos conseguía doblar las piernas del muchacho hasta tenerlo inmóvil y sin poder gritar. Luego palpó delicadamente el cuello de su enemigo hasta elegir un punto determinado. Una vez lo hubo hecho, hundió los dedos índice y pulgar y presionó con fuerza. Poco después el centinela permanecía sin sentido en el suelo.

El chino se puso de rodillas y observó detenidamente al caído. Luego le tomó el pulso, le hizo unas cuantas fricciones en los brazos inertes y volvió a tomarle el pulso.

—Todo ir bien. Yo sentir haber tratado así honorable centinela, pero ahora dormir un ratito y luego despertar perfectamente.

Dicho esto se levantó, hizo una profunda reverencia al muchacho que estaba en el suelo, y lo arrastró hacia el centro mismo del calabozo.

Luego se dirigió hacia la mirilla de la puerta y miró hacia el exterior del pasillo.

A mitad de camino entre la puerta del calabozo y la de salida del edificio, se encontraba otro centinela con el arma apoyada en el suelo.

Chi Kiang golpeó la puerta fuertemente y luego procuró ocultarse en la parte izquierda de la entrada.

Durante unos segundos permaneció conteniendo la respiración. Unos pasos precipitados le indicaron que su treta había tenido efecto.

Poco después el centinela del pasillo miraba a través de la mirilla y, con gesto nervioso, mientras soltaba una imprecación, abrió la puerta del calabozo.

No había hecho más que pasar el umbral de la misma cuando Chi Kiang cayó sobre él como una centella, trabándose entre los dos hombres una valiente lucha, que en pocos segundos daba la victoria a Chi Kiang, cuyo maravilloso conocimiento del jiu-jitsu le hacía superior a su contrincante.

Los dos soldados permanecían en el suelo sin conocimiento. La primera víctima de Chi Kiang comenzaba a removerse, en un vago retorno a la consciencia.

Chi Kiang no esperó más. Con la agilidad silenciosa de un felino, enfiló por el pasillo del calabozo al exterior y poco después se encontraba en plena roche, deslizándose furtivamente hacia la alambrada que circundaba aquel campo de operaciones.

Sus ojos, penetrando la oscuridad, fueron buscando un sitio por

donde fuera relativamente fácil escapar.

La alambrada tendría un metro noventa de altura. Chi Kiang comprendió que no podía deslizarse entre los alambres espinosos, pues el espacio libre que dejaban entre ellos era extremadamente reducido. Sin embargo, la poca altura de la alambrada le hizo sospechar que no residía en su tamaño la eficacia de la misma para proteger el campo de experimentación atómica. No cabía duda que se trataba de una alambrada eléctrica, a cuyo solo contacto habría de resultar víctima de la imprudencia.

Miró a su alrededor y cogió una piedra. Luego la lanzó contra la alambrada. Un azulado chispazo le vino a convencer de que sus prevenciones eran justificadas.

El centinela que se encontraba más próximo, a unos 150 metros de distancia, se volvió para mirar en la dirección en que había surgido el chispazo.

Chi Kiang no lo pensó más. Emprendió una veloz carrera y se dirigió a toda velocidad hacia la alambrada. Marchaba hacia ella en sentido diagonal, de igual manera que hacen los atletas dedicados a la especialidad de salto de altura. Cuando estaba a un metro de la alambrada, los poderosos músculos de sus piernas se pusieron en acción y dio un violento salto. Su cuerpo quedó por un momento dando la espalda a los últimos alambres espinosos de la alambrada y a escasamente 8 ó 9 centímetros de la misma. Luego, un movimiento perfectamente calculado hizo que el cuerpo de Chi Kiang girara y cayese perfectamente, al otro lado de la alambrada.

El salto había sido perfecto y digno del más depurado estilo de un campeón olímpico.

El centinela, aun a pesar de la oscuridad, había podido percatarse de que algo extraño sucedía; y dio la voz de alarma, mientras disparaba todas las balas de su fusil en la dirección por donde había saltado Chi Kiang.

Este permanecía en el suelo boca abajo, mientras iba contando mentalmente los disparos del centinela.

Cuando oyó las tres explosiones se levantó y emprendió una veloz carrera, para perderse poco después en la inmensidad de la noche.

CAPITULO III

CUANDO el general Donald Stanton recibió el mensaje de la base secreta del desierto de Los Alamos, torció el gesto con desagrado.

No es que su misión en Washington tuviera una gran importancia, pues se reducía a la visita mensual que de una manera cotidiana tenía que hacer para hablar con el secretario de Defensa respecto a los progresos, necesidades y presupuestos de la zona de experimentación. Pero el hecho de que se empleara la clave secreta y el mensaje requiriera urgentemente su presencia en la base, le hizo pensar que algo importante había sucedido.

Así, pues, había acudido al despacho del secretario de Defensa y en aquellos momentos acababa de solicitar permiso para regresar a la base.

—Sí, general —decía el secretario de Defensa en aquellos momentos— comprendo que algo importante debe haber sucedido cuando tan urgentemente se le requiere en Los Alamos.

—Yo creo que debo ir allí a la mayor brevedad posible. El jefe adjunto de la base en Los Alamos no se hubiera atrevido a romper la marcha normal de mis actividades de no ser por algo de vital importancia

—Entonces, ¿puede usted salir enseguida? —preguntó el secretario de Defensa.

—Sí. Estoy dispuesto para hacerlo en este mismo momento.

—¿Quiere que pongamos a su disposición algún servicio especial?

—No —contestó Donald—; en pocos minutos puedo estar en el aeródromo y allí me espera mi helicóptero

—Entonces no pierda más tiempo, general, vuelva a Los Alamos e infórmeme en seguida que pueda de qué es lo que ha sucedido.

Ya se despedía del secretario de Defensa cuando el primer ayudante del mismo entró para anunciar al jefe del F. B. I., que solicitaba ser recibido inmediatamente para un asunto urgente.

Donald se despidió pues, en breves palabras, e inmediatamente tomó su coche y se dirigió a toda velocidad hacia el aeródromo.

* * *

Cuando Donald fue informado de lo que sucedía., no pudo dar crédito a lo que escuchaba.

—Le aseguro, mi general —decía el primer centinela puesto fuera de combate por el chino—, que ni un solo minuto le perdí de vista. Se dirigió inclinado, a causa del calambre que tenía en el pie, hacia uno de los extremos del calabozo, cuando de pronto cavó sobre mí a la velocidad del rayo. No tuve tiempo de hacer uso de mi arma, ni siquiera de responder a la agresión con un buen directo. Me aprisionó con una llave de jiu-jitsu, dirigió su mano hacia mi cuello, y ya no recuerdo más.

—¿Y qué aspecto tenía ese chino? —preguntó el general.

—Verá usted —intervino el sargento—: Parecía un hombre de unos treinta y cinco años o cuarenta, aunque es difícil determinar la edad de un oriental: Lo mismo podía tener veinte que cincuenta.

—La referencia no es muy exacta que digamos —comentó Donald

—Tampoco lo pudimos ver a la luz del día —se excusó el sargento—. Puedo añadir que era un hombre más bien pequeño y de débil complexión. Jamás hubiera podido creer que fuera capaz de poner fuera de combate tan rápidamente a dos de mis hombres.

Un rubor de vergüenza subió a las mejillas de los dos aludidos.

—No tiene importancia —dijo Donald.

—¿Y dices tú —continuó dirigiéndose al centinela que estaba en la alambrada— que te pareció ver como saltaba la alambrada?

—Eso es, mi general.

—Ya te he dicho mil veces. Adley, que voy a tener que hacer una investigación a fondo —intervino el sargento—. Como tenga la más ligera sospecha de que has entrado una botella de alcohol en el campamento te la vas a cargar.

—Pero, sargento —respondió el muchacho—, yo le aseguro que desde el último permiso, y de esto hace ya quince días, no he probado ni una gota de alcohol.

—¿Cómo voy a creer que el chino ese saltó por encima de la alambrada? ¿Te das cuenta de lo que dices?

—¿Y si no saltó la alambrada —intervino Donald—, cómo es posible que pudiera eludir la barrera eléctrica del campamento?

—Eso es lo que no puedo comprender, mi general —dijo el sargento sumido en un mar de confusiones—. He ordenado que se haga una búsqueda a fondo por todo el campamento. Ese hombre debe estar escondido en cualquier sitio, pero no es posible que haya salido.

Donald quedó unos momentos pensativo.

—Y dice conocerme ¿no es eso?

—Así es, mi general.

—¿No pueden darme alguna otra particularidad del individuo?

—No, mi general —dijo el sargento, que lo había descrito minuciosamente tres o cuatro veces—, no puedo añadirle nada a lo que le he dicho.

—Tal vez una cosa característica del mismo —intervino nuevamente el centinela—, es que me estaba hablando durante gran rato de su abuelo y de su padre y de no sé qué demonio que le pasaba con el té.

Donald apenas si pudo reprimir una sonrisa.

—Está claro.

—¿Que está claro qué? —preguntó el sargento.

—Sí. Me parece que ya sé de qué va el caso.

El sargento hizo un gesto de asombro y de incomprensión.

—En cuanto a sus hombres —continuó Donald— no tome medidas contra ellos. Estoy seguro de que hicieron todo lo que pudieron hacer. Por un momento temí que se tratara de una suplantación, pero por los datos que me han dado veo que, efectivamente, el chino era Chi Kiang. Le diré, sargento, para su consuelo, que si algún hombre en la tierra fuera capaz de aprisionar a Chi Kiang durante mucho tiempo o de vencerle en una pelea de hombre a hombre, me llevaría la mayor sorpresa de mi vida.

El sargento abrió unos desmesurados ojos de asombro y por un momento llegó a pensar que el general estaba loco.

—Sí, sargento, conozco al hombre. ¿Qué otras medidas ha tomado usted?

El segundo jefe de la base de Los Alamos, que se encontraba presente en la reunión intervino.

—Mire, Donald, siendo un asunto de esta naturaleza, y en la necesidad de tomar una decisión por mí mismo, me puse en comunicación con el F. B. I. y con nuestro Departamento de Contraespionaje, al objeto de que intervinieran en el asunto.

—Lo comprendo. Hiciste bien Pero es preciso que no se remueva más la cosa. Comunica inmediatamente con estos dos organismos y di que cesen en su actuación.

— ¡Pero, Donald…!

—Es una orden. Yo asumo toda la responsabilidad.

CAPITULO IV

DONALD caminaba con paso indiferente por el barrio chino de San Francisco. No le había sido fácil convencer a sus superiores de Washington para que le permitieran abandonar durante unos días la base de experimentación atómica, sobre todo al negarse a dar una explicación razonable a su actuación. Sólo su gran prestigio dentro de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos había cedido al secretario de Defensa a concederle el permiso y no pedirle explicación alguna.

En la base de experimentación, todos los hombres a las órdenes de Donald se habían visto sobrecogidos por tan profunda extrañeza ante la serie de descabelladas decisiones que había tomado. Sin embargo, todos sabían que el general Donald Stanton no era un hombre corriente. Las arriesgadas misiones que había cumplido en distintos lugares del planeta, la especial categoría de éstas, su valor y su inteligencia, habían hecho de él un ser fabuloso, y nadie de sus subordinados hubiera osado discutir una de sus órdenes.

Con paso indiferente caminaba por las callejas tortuosas del barrio chino, mirando una vez más con curiosidad los llamativos letreros de los comerciantes, que pregonaban las excelencias de una buena cocina o solicitaban el favor del público para realizar un perfecto lavado y planchado de la ropa.

Todas las ciudades de los Estados Unidos habían experimentado una gran evolución en los últimos años. Sin embargo. San Francisco conservaba todavía su aire particular y el barrio chino apenas si se había modificado al paso de los años.

Por último se detuvo ante una puerta de doble batiente que daba acceso al comedor de Li Feng. No había hecho más que introducirse unos cuantos pasos en el restaurante, cuando el solícito y viejo dueño del mismo le cortó el paso con una profunda reverencia.

—Li Feng ofrecer su humilde casa a visitante. ¿Ser extranjero? ¿Visitar barrio chino? ¿Querer probar platos cocina Li Feng?

—No, no soy extranjero —dijo Donald—, sin embargo tengo curiosidad por ver qué clase de bazofia eras capaz de darme.

—El cliente tener siempre razón -—contestó el viejo chino—. Li Feng dar bazofia, pero muy suculenta.

Donald sonrió ante la salida del chino, y atravesó displicente el reducido recinto que servia de comedor general, hasta situarse junto a una mesa colocada más discretamente en uno de los ángulos del

mismo.

—Bien, veamos cuál es esa comida.

Li Feng dio dos suaves palmadas y rápidamente se aproximó uno de los camareros.

—Estar a la orden del señor. ¿Qué querer cenar?

Donald pidió los platos típicos de la casa y el camarero fue sirviéndole diligentemente.

Una vez hubo terminado la cena, abonó su cuenta y se dirigió a la calle, no sin antes haberle entregado una propina al camarero, y afirmar con una sonrisa que todo lo había encontrado satisfactorio.

Con paso lento comenzó a caminar calle arriba y unos segundos después se colocaba a su lado el mismo camarero que le había servido la comida, ya desprovisto de su uniforme y vistiendo a la europea, aunque con cierto desgarbo.

Donald aceptó su presencia como la cosa más natural y sin que en su gesto se notara la más mínima reacción.

—En buen lío te metiste, Chi Kiang.

—Chi Kiang ser tan poca cosa como la cola de un lagarto, pero armar siempre líos grandes, como un elefante.

Donald apenas pudo reprimir la risa ante la salida de Chi Kiang. En el fondo sabía que expresaba una profunda verdad. Por su mente pasaron cientos de anécdotas y aventuras en las que siempre estuvo como protagonista Chi Kiang.

—Yo estar contento de verte. Un poco más barriga, pero tener aspecto saludable.

—Me parece que tienes razón, Chi. Hace mucho tiempo que no sucede nada que pueda hacerme perder las grasas.

—Mujer de Chi Kiang tener grasas y ser más bonita, pero sentar mal a ti.

—Poco a poco me voy convirtiendo en un burócrata —dijo Donald con un suspiro, convencido de que sería inútil precipitar la conversación. Chi Kiang hablaría cuando lo creyera oportuno y de nada serviría el intentar apresurarle.

—Yo dar a ti gran procedimiento para quitar barriga.

Las palabras del chino hicieron que Donald aguzara sus sentidos en espera de la revelación que había de hacerle Chi Kiang.

Todo aquel circunloquio de la grasa y de la barriga no tenía ni la más ligera nota de verdad. Donald llevaba sus cuarenta y cinco años perfectamente, y una continuada vida de gimnasio lo mantenía en perfecta forma. Aquellas palabras de Chi Kiang querían indicarle que había llegado el momento de emprender alguna aventura, de realizar algún acto que tenía que suponer forzosamente riesgo y

penalidades. Y además, estaba convencido de que Chi Kiang no habría calculado erróneamente. El chino había tenido que viajar durante miles de kilómetros para ir a verle, y el procedimiento empleado para la entrevista sólo estaba indicado de antemano para casos de especial gravedad.

—Yo tener gran procedimiento, repitió el chino.

—¿Acaso se nos ha perdido algo en Malaca? ¿O tenemos que volver a Siberia, o ir a saludar a nuestro amigo el rey de los watusis, en Africa?

—Generalmente el agua que pasar por un sitio del río no volver otra vez, contestó el chino. Ahora Chi Kiang querer presentar a los hombres azules.

—¿Los hombres azules, dices? ¿Quieres referirte a los «tuaregs» del desierto de Sáhara.

—No, Donald —dijo el chino, cada vez más serio—, los hombres azules del desierto de Sáhara ser de guardarropía. Yo verlos y no ser azules, sino negros.

—Bueno, suelta ya por esa boca, Chi.

—Chi Kiang haber visto hombres azules de verdad: Dos hombres azules.

—Y eso ¿después de cuántas botellas de aguardiente de arroz?

—Chi Kiang no tomar ni una sola gota de aguardiente cuando ver a los hombres azules.

—Pero bueno, ¿qué demonios es eso?

—Chi Kiang estar en viaje por Singapur. La ONU encomendar a Chi Kiang perseguir traficantes estupefacientes. Un día vigilar por la playa. Dos hombres estar flotando en el mar, muertos. Chi Kiang ojearlos y ver que ser hombres azules.

—Pero bueno, sería el color tenuemente azulado que produce la asfixia.

—No, Donald. Ser completamente azules. Yo arrastrar a la orilla y querer llamar autoridades, pero muchos hombres desembarcar de una canoa y querer hacer con el cuerpo de Chi Kiang un colador, igual que el centinela.

Donald se quedó parpadeando después de haber escuchado estas palabras de Chi Kiang. Conocía de antiguo a este hombre y había corrido con él las más increíbles aventuras. El chino era uno de los contados hombres que poseían en la Tierra una credencial de la ONU, suscrita oficialmente por los distintos organismos que constituyen esta entidad, dándole atribuciones y facultades realmente extraordinarias.

Su actividad en la lucha contra los traficantes de estupefacientes

le había hecho un ser legendario. Pero lo que ignoraba el resto del mundo es que Chi Kiang era uno de los más formidables agentes del supersecreto Comando de Espionaje, del que era jefe el propio Donald.

—Entonces ¿estás seguro de que se trataba de dos seres completamente extraños?

—Sí, Donald. Estar seguro que no encontrar seres iguales en ninguna parte. No pertenecer a ninguna raza conocida en la Tierra. Cuando vi que hombres de la canoa disparar contra mí, aún pude arrancar un pequeño trozo de piel de uno de ellos.

—¿Puedo verlo?

Chi Kiang sacó una pequeña caja, que puso en la palma de la mano de Donald. Un pequeño trozo de piel apareció ante su vista, que, evidentemente respondía a las características que Chi Kiang había dado.

Era una piel de un intenso color azul claro, inconfundible de todo punto con cualquier gama o matiz de otro color.

—Bien, lo mejor será que vayamos a la habitación de mi hotel, y observaremos esto con detenimiento.

Los dos hombres comenzaron a atravesar la calzada, al objeto de pasar a la acera de enfrente, que era camino obligado para regresar al hotel donde se alojaba Donald.

No habían avanzado más que unos cuantos pasos, cuando un «Sedán» negro, que había ido siguiéndoles, adaptando su velocidad a la de los dos hombres, aceleró repentinamente y, como una tromba, se lanzó contra ellos.

Fue Chi Kiang el primero en reaccionar. El automóvil se les venía encima y apenas si tuvo tiempo para dar un formidable empujón a Donald Stanton, que cayó rodando por el suelo, fuera de la trayectoria del automóvil.

Chi Kiang no tenía tiempo de evitar al vehículo, cuyas intenciones estaban claras por demás: Al mismo tiempo que empujaba a Donald se había encogido sobre sí mismo y luego, con una observación precisa, dio un poderoso salto hacia arriba, en el preciso momento en que el automóvil estaba a punto de atropellarle. Su cuerpo encogido dio una vuelta en el aire, a la manera de los artistas de circo que rematan con una pirueta una serie de saltos

El automóvil pasó por debajo de él rozando apenas con el capot la extraordinaria silueta del chino, que cayó al suelo desequilibrado por el golpe.

Donald se había levantado precipitadamente y dirigió sus ojos

hacia el automóvil, pero al ver a Chi Kiang caído en el suelo y sin moverse, abandonó la posible localización de sus agresores para dirigirse hacia su amigo.

En dos zancadas se puso a su lado y le dio la vuelta. De distintas partes de la calle se iba aproximando un nutrido grupo de curiosos y algunos guardias intentaban abrirse paso entre la muchedumbre, al objeto de investigar el suceso.

Donald hizo una rápida inspección de Chi Kiang y vio con satisfacción que éste abría los ojos.

—No ser nada. Bonito salto estropeado por conductor borracho.

En estos momentos llegaba uno de los agentes de policía y solicitaba una explicación de lo ocurrido, mientras Chi Kiang se ponía en pie.

—Chi Kiang estar bien.

—¿Han podido tomar ustedes el número de la matrícula de ese auto?

—Por un momento esa fue mi decisión, pero al ver a mi compañero caído en el suelo perdí toda otra preocupación que no fuera la de auxiliarle.

—Estaría borracho el conductor, comentó alguien

—Sin embargo, yo he visto cómo aceleraba inopinadamente —dijo un tercero.

—Bueno, lo mejor es que vayamos a la Comisaría más próxima para ver de poner en claro este asunto —dije el agente.

Donald comprendió que no era lo que más le convenía aquello. Chi Kiang había utilizado para entrar en los Estados Unidos un pasaporte vulgar y corriente de los muchos que tenía a su disposición. Caso de ir a la Comisaría, sería preciso aclarar algunas cuestiones sobre su visita a los Estados Unidos, y cuando Chi Kiang había querido permanecer en el incógnito sus razones tendría para ello. En consecuencia, echó mano a su cartera y la exhibió ante el agente. Este pudo leer la documentación extendida a nombre del general Donald Stanton y luego una credencial firmada por el Presidente de los Estados Unidos, en la que ordenaba a cualquier autoridad bajo su jurisdicción, se pusiera a las órdenes del mismo a su requerimiento.

El agente quedó boquiabierto al darse cuenta de la importancia del personaje al cual estaba hablando.

—Usted perdone, mi general, pero no sé qué debo hacer en realidad. Ordéneme usted.

—No se preocupe, agente. Nuestro interés es que la cosa termine aquí.

—Está bien —asintió el policía.

Luego, volviéndose hacia el grupo de curiosos, y auxiliado por dos o tres agentes más que habían llegado, consiguió disolverlo.

—¿Necesitan alguna protección? —preguntó el agente.

—No. Gracias. Lo mejor es que nos vayamos de este lugar cuanto antes.

Los agentes saludaron a Donald y a Chi Kiang, y poco después se perdían éstos entre la multitud, camino del hotel donde se alojaba Donald, en San Francisco.

CAPITULO V

EL profesor Spark apartó su mirada del microscopio electrónico con el cual había estado haciendo la última parte del análisis encargado por Donald.

—Sí, mi general. Se trata de un pigmento natural. No solamente el análisis químico, sino la visión directa de este trozo de piel a través del microscopio electrónico, me lleva a la convicción más absoluta de que no se trata de una piel pigmentada artificialmente.

—Entonces ¿está usted convencido, profesor, deque esa piel tiene esa extraña coloración naturalmente?

—Sí, general, no me cabe la menor duda. Los pigmentos son puramente biológicos. Las seis pruebas distintas que he hecho en mi experimento me dan la convicción más absoluta de que es así.

Chi Kiang y Donald cruzaron una mirada de sorpresa.

—Chi Kiang tener razón cuando decir que ver hombres azules.

—Desde luego, es una de las cosas más interesantes que he encontrado en mi vida —dijo el profesor Desney, famoso biólogo que acudió a la entrevista que se celebraba en el laboratorio del profesor Spark.

—¿Cuál es su opinión? —preguntó Donald.

—Difícilmente puedo dar una opinión definitiva, pero sí puedo asegurar, general, que no conozco en la Tierra ningún ser que posea una pigmentación semejante en la piel. Quizá algunas razas de Africa tienen una piel lejanamente parecida a ésta, pero de ningún modo igual.

—Entonces ¿cree usted imposible que algo semejante se dé en nuestro planeta?

—Tanto como eso no me atrevería a decir, mi general. La naturaleza nos reserva a veces sorpresas extraordinarias. De todos es conocido el hecho de que hay algunos animales que nacen con dos cabezas o con cinco piernas, e incluso algunos de ellos que tienen una coloración del pelo o de la piel que los recubre, totalmente distinta a lo que es natural en su especie. Así, por ejemplo, sucede con los animales alpinos, que poseen un pelo extraordinariamente blanco, cuando el resto de la especie lo tiene de otro color. Estos casos son los más corrientes, pero, sin embargo, tenemos pruebas irrefutables de que existen con alguna frecuencia.

—Entonces, esto es posible entre los seres humanos, ¿no es así, profesor?

—Algunos casos extraordinarios suceden entre los seres de nuestra especie. Sin embargo, no comprendo cómo ni por qué puede alguno de los seres humanos tener un color de piel semejante. Indudablemente existe el hecho, puesto que el trozo de piel que hemos examinado es un trozo de piel humana, y no es que con esto haya podido yo poner en duda en cualquier momento la información del señor Kiang —agregó el profesor lanzando una mirada de disculpa a Chi—. Me limito a considerar científicamente los hechos. No hay lugar a duda de que es piel humana pigmentada de esa manera. Esos son los hechos, y llegar a la causa de los mismos no es tarea fácil ni cosa que yo pueda hacer en breve tiempo. Hubiera sido importantísimo para poder llegar a una conclusión del porqué de esta extraña coloración de la piel, el poder hacer algunos análisis hormonales y de sangre de los individuos poseedores de la misma, cosa que desgraciadamente ya no nos es posible. La descripción hecha por el señor Kiang me hace creer que se trata de dos seres completamente normales, excepto el extraordinario color de su piel.

—Sí —intervino Chi Kiang—, mí ver hombres corrientes. Ser fuertes, pero como hombres fuertes de la Tierra. No tener ninguna cosa especial ni tener cuernos ni rabo —dijo Chi Kiang, con aquel extraño sentido del humor que poseía y que generalmente desconcertaba a su auditorio.

—Usted querrá que le mande un informe por escrito sobre las investigaciones que he hecho en este trozo de piel —intervino el profesor Spark.

—Gracias, profesor. Se lo agradeceré.

—De la misma manera —dijo Desney— puedo enviarle un informe provisional sobre las conclusiones que he sacado respecto al asunto de la consulta. De todas maneras, general, siento no poder ser tan explícito como es el profesor Spark. Quizá más adelante pueda dar con la clave de este misterio. Si fuera así, tenga la seguridad de que se lo comunicaré en seguida.

—Gracias, profesor. Cualquier cosa, cualquier pequeño descubrimiento, cualquier detalle con el que pueda usted enriquecer su informe, le agradeceré me lo comunique.

—Pierda usted cuidado, que así se hará.

Los cuatro hombres se pusieron en pie y se estrecharon las manos para despedirse.

Donald, Chi Kiang y Desney fueron acompañados hasta la puerta por el profesor Spark, y poco después se encontraban en la calle.

—¿Le llevamos a algún sitio, profesor? —dijo Donald a Desney.

—Gracias, general, pero vivo a muy pocas manzanas de aquí. No me vendrá mal un pequeño paseo. Adiós.

Chi Kiang y Donald contestaron al saludo de despedida del profesor y se metieron rápidamente en el coche de Donald que les esperaba aparcado a pocos metros del laboratorio del profesor Spark.

Donald puso en marcha el motor y enfiló la larga avenida. Durante algunos segundos los dos hombres hicieron su camino en silencio.

Fue Chi Kiang el primero en romperlo.

—Mi honorable abuelo decir siempre: rompecabezas ser juego bonito. Parecer muy difícil, pero tener siempre solución.

—Sí, Chi. Todo tiene solución. Lo que sucede es que a veces ésta se encuentra muy escondida.

—¿Tú qué creer de todo esto, Donald?

—No sé qué decirte, Chi. La existencia de los cadáveres de esos dos hombres azules puede no ser más que un hecho fortuito y curioso. Pero el rescate de los mismos por los hombres que te atacaron, indica que se trata de algo de mucha importancia.

—Tú razonar perfectamente, Donald. Hombres que atacaron a Chi Kiang tenían gran interés que nadie viera hombres azules.

—Eso es lo que me desconcierta. Suponiendo que se trata de dos fenómenos, de dos seres casualmente pigmentados de esa manera ¿por qué ese desesperado interés por recuperar sus cadáveres por parte del grupo de hombres que intentó eliminarte del mundo de los vivos?

—Chi Kiang tener muchos enemigos —contestó el chino.

—Sí, también es una de las cosas a considerar. Pero sigue resultando sospechoso que esos enemigos hicieran acto de presencia en el preciso instante en que tú descubriste a esos cadáveres, y además ¿por qué el interés en llevárselos?

—Si vivir mi honorable abuelo, yo dar este rompecabezas a él para resolverlo.

El coche de Donald caminaba a una moderada velocidad por la carretera a la cual desembocaba la avenida en que se encontraba el laboratorio del profesor Spark. Una gran cantidad de coches marchaba en las dos direcciones, pues aquel trozo de carretera unía dos núcleos urbanos importantes dentro de la misma ciudad. Los dos amigos iban sumidos en profundos pensamientos, intentando dar una forma coherente a todo lo acontecido en los últimos días, pero sus, esfuerzos se veían frustrados, ya que la poca luz que pudiera arrojarse sobre aquello se basaba en datos irregulares y de

poca consistencia.

Chi Kiang levantó los ojos y miró a través del parabrisas; delante del coche de Donald, y a unos ochenta metros caminaba un gran camión cuya capota aparecía dominada por algunos letreros llamativos.

Donald se percató del interés con que Chi Kiang miraba aquel camión.

—¿Sucede algo?

—No —contestó éste—, será coincidencia.

Donald dirigió su vista con atención hacia el vehículo que llevaban delante y vio en la parte posterior tres grandes letras pintadas de amarillo: C. O. E.

—¿Saber tú qué querer decir eso, Donald?

—No tengo ni la menor idea, Chi. ¿De qué se trata?

—Esas letras ser iniciales muy conocidas por Chi Kiang.

—¿Y qué es lo que quieren decir?

—Ser iniciales de un gran experimento que hacer los tres terrestres. Querer decir: Compañía Oceánica de Energía.

—Ah, ya caigo. Se trata de esa compañía que pretende sacar energía de las mareas ¿no es eso?

—Si. Chi Kiang haber visto instalaciones grandiosas en Océano Indico. Allí trabajar miles de hombres. Muchos Ingenieros. Hacer grandes obras.

—Sí. Es una experiencia muy digna de tener en cuenta. El principio en que se basa es rigurosamente cierto.

—Chi Kiang sospechar muchas veces que no sacar energía ni para levantar una pluma.

—No es que sea fácil la empresa, Chi, pero sí muy posible. Por lo que tengo entendido es una compañía con capital americano y asiático que cuenta además con elementos valiosísimos, tanto en hombres como en materiales. No creo que sea imposible el que culmine con éxito su empresa.

—Chi Kiang pensar muchas veces que dedicarse al contrabando. Seguir pistas. Estar muy cerca de la base flotante en el mar.

—Pero bueno, eso no tiene sentido, Chi. Ten en cuenta que el coste de las instalaciones supera con mucho las posibilidades de resarcirse merced al contrabando.

—Ser unos agentes quien decir a Chi Kiang que estar equivocado.

—De todas maneras, Chi, ¿cómo no has hecho una investigación más directa? Tu estás autorizado por la mayoría de los gobiernos a meter tus pequeñas narices donde quiera que te parezca oportuno.

—Es verdad, Donald, Chi Kiang haberse metido ya en muchos sitios, pero no poderse meter en la central de la Compañía Oceánica de Energía. Ser secreto industrial muy importante, y los países dar garantías a la empresa. No ser posible aproximarse a menos de dos millas de la base flotante.

—Claro, el caso es comprensible, Chi.

El chino calló durante unos momentos. Luego volvió a tomar la palabra con una mirada burlona en los ojos.

—Cuando Chi Kiang tener 16 años, enamorarse de honorable compatriota llamada Gacela Blanca de las Montañas. Ser compatriota muy hermosa. Chi Kiang decirle un día que la amaba, y ella mirarme con sus ojos de gacela y romperme en la cabeza un jarro que llevar en la mano. Cuando yo contar a mi abuelo aventura, honorable abuelo mirarme de arriba abajo y, después de pensar mucho rato, decir: Ser comprensible, Chi.

Donald, no pudo menos que soltar una carcajada ante el relato de aquel fracaso amoroso de su amigo.

—¿Sabes lo que pienso, Chi? Tu abuelo debió ser un magnifico hombre.

—¡Oh! ¡Honorable abuelo ser gran hombre!, contestó el chino.

En este momento la conversación de los dos amigos fue cortada por un agudísimo silbido que venía de la dirección que ocupaba unos 80 metros delante de ellos el camión de la Compañía Oceánica de Energía. Un segundo después el coche de Donald sufrió una profunda convulsión y, en pocos segundos, se inclinó sobre el lado derecho, para dar luego tres o cuatro volteretas terribles, convirtiéndose en un montón informe de hierros retorcidos y cristales rotos.

Donald no había tenido tiempo de intentar maniobrar para evitar aquella catástrofe. Cuando quiso aferrarse al volante para virar en dirección contraria, era ya demasiado tarde. Luego el propio movimiento del auto hizo que perdiera totalmente el control y un fuerte golpe en la cabeza lo dejó sin sentido.

A unos veinte metros de la carretera quedó el destrozado coche de los amigos, mientras que otros vehículos se aproximaban a toda velocidad, al objeto de intentar auxiliar a los dos ocupantes.

CAPITULO VI

CUANDO Donald abrió los ojos había perdido por completo la noción del tiempo y del lugar en que se encontraba. Una cara lo miraba atentamente.

—¿Qué es esto? —preguntó Donald con débil voz.

—Tranquilícese. No intente hacer ningún movimiento, dijo aquel rostro que sonreía amigablemente.

Donald volvió a cerrar los ojos para evitar un mareo, viendo que se apoderaba de él. La voz volvió a emitir unas palabras.

—Tranquilícese usted, General, y procure no moverse.

Donald volvió a abrir los ojos y pudo percatarse de que se encontraba en la blanca habitación de un hospital.

—Se encuentra usted en la Sección de Traumatología del Hospital Militar.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó Donald.

—Eso es lo que quisiéramos saber nosotros, General. Sólo puedo decirle que no comprendo como está usted todavía con vida.

De pronto se hizo la luz en el cerebro de Donald. Recordó el extraño accidente que había sufrido en la carretera en compañía de Chi Kiang, y una tenebrosa idea le asaltó de repente.

—¿Y mi acompañante Chi Kiang, como está?

Poco después el chino se hizo visible. Donald apenas si podía creer lo que veía: Lo encontraba a su lado, sonriente y en perfectas condiciones.

—Chi Kiang estar perfectamente, Donald.

—Sí, su amigo está aquí —dijo el médico militar lanzando a Chi Kiang una mirada como si se tratara de un bicho raro—. Desde que lo trajeron a usted, General, no se ha movido de su cuarto; a pesar de los reglamentos del hospital tuvimos que acceder a su presencia. Sólo le diré que uno de mis ayudantes se encuentra con un brazo dislocado a consecuencia de una explicación habida con este caballero.

Donald miró a Kiang, que hizo una sonrisa de disculpa.

—Mi creer que estar al lado de amigo Donald. Tiempo malo para la salud, yo ser buen médico para conservar la de mi amigo.

—Sí, eso es lo que nos ha dicho durante los quince días que está aquí —contestó el doctor con una sonrisa—. Exhibió no sé que

extraños papeles y por último pidió una conferencia con el Departamento de Defensa de Washington. Desde allí recibimos la orden de permitirle continuar a su lado, General.

Donald sonrió débilmente e intentó alargar una mano para estrechar la de Chi Kiang, pero un agudo dolor en el costado le hizo detener el movimiento apenas iniciado.

—No, no se mueva, General. Si es cierto que ha salvado usted la vida milagrosamente no lo es menos que todavía se encuentra bastante mal.

—¿Qué ha sido ello? —preguntó Donald con un hililllo de voz.

—Afortunadamente, menos de lo que era de esperar. Tiene usted tres costillas rotas y una grave luxación en la rodilla izquierda. Por lo demás, todo va bien. Nos ha tenido usted muy preocupados porque no se recobraba del golpe sufrido. Afortunadamente todo comienza a ir bien.

Donald iba a pronunciar unas palabras, pero el doctor le obligó a callar.

—Para ser la primera vez, ya ha hablado demasiado. Es preciso que intente usted dormir.

El doctor tomó el pulso a Donald e hizo un gesto de satisfacción.

—Bien, ahora a descansar. Su recuperación a partir de este momento será mucho más rápida.

Hizo una leve inclinación de cabeza y salió de la habitación.

Donald miró a Chi Kiang con una interrogación en los ojos.

—Tu no hablar —ordenó el chino—. Chi Kiang ser gran hablador y decirte todo lo que tu querer saber.

Donald asintió con una mirada de aquiescencia y esperó.

—Pasar cosa incomprensible, Donald. Nuestro automóvil sufrir un impacto terrible. Alguien disparar contra nosotros.

—Pero bueno, Chi, no escuchamos ninguna detonación.

—Esa ser una pieza más del rompecabezas de mi honorable abuelo. Automóvil tuyo, sufrir un impacto de aire comprimido.

Donald iba a expresar su extrañeza con una exclamación, cuando Chi Kiang le contuvo con un gesto.

—Estar seguro de lo que decir yo. Policía hacer investigación y decir lo mismo. Yo hacer detener camión de la Compañía Oceánica de Energía. Todos ser buenos chicos y nadie saber nada.

Donald quedó un momento pensativo intentando comprender lo que le decía Chi Kiang. Que él supiera nadie en la Tierra poseía un arma capaz de disparar el aire comprimido como si se tratara de un proyectil; sin embargo estaba seguro de que cuanto decía Chi Kiang era cierto. El oriental no era hombre acostumbrado a sacar

conclusiones precipitadamente

—Sí, Donald —dijo el chino como si leyera su pensamiento—, ser comprobado todo por Chi Kiang. Chi Kiang no mover de la habitación, pero estudiar a fondo informe policía.

—¿Y cómo pudiste escapar ileso? —preguntó Donald. Voy a creer que posees alguna cualidad mágica.

—Chi Kiang buscar cuando tener siete años las tres manzanas mágicas de Li Tay, pero no encontrar —dijo el chino a manera de explicación—. Ser todo más fácil: Cuando automóvil dar primera voltereta mi salir por la ventanilla como una bala. Chi Kiang hacer el mejor salto de su vida y caer al suelo sin que pasar nada.

Donald comenzó a sentir un sudor frío que le invadió la frente. Quiso hablar, pero Chi se lo impidió.

Tu ahora descansar. Dormir mucho para estar fuerte y ayudar honorable abuelo de Chi Kiang a resolver rompecabezas. Tu descansar mientras buen amigo Chi vigilar. Y al decir esto Chi Kiang sonrió mientras sacaba de su amplia chaqueta una moderna metralleta y clavaba sus ojos en la puerta de entrada, atento a cualquier sorpresa que pudiera venir por allí,

Donald quiso decir unas palabras, pero se sintió incapaz de ello. Poco después se dormía con una sonrisa en los labios.

CAPITULO VII

AFORTUNADAMENTE, la robusta naturaleza de Donald tuvo como consecuencia su restablecimiento en el mínimo de tiempo posible.

Quince días después de los acontecimientos narrados últimamente, Donald y Chi Kiang se dirigían en el coche del primero hacia la base, de experimentación atómica de la cual era Donald uno de los máximos responsables.

Más de cien veces habían hecho un repaso de todo lo que había acontecido en los últimos tiempos, y su espíritu se encontraba turbado por las desconcertantes circunstancias en que se habían producido los hechos. Una vez más volvían sobre el asunto, mientras el coche se deslizaba rápidamente por la recta carretera que les conducía a su objetivo, distante ya solamente unos cien kilómetros.

—Mi dar vueltas a la cabeza y no encontrar solución de problema.

—Sí, Chi, lo mismo me sucede a mí. Hay algunas cosas que no se coordinan bien. Por ejemplo, el asunto de nuestro inesperado vuelco en la carretera.

—Tu haber podido comprobar que cosas que decir Chi Kiang ser ciertas. Informes que haber estudiado con la policía demuestran claramente que no haber proyectil alguno.

—Sí, eso está fuera de duda. Se nos disparó simple y puramente aire comprimido, pero comprimido a tal extremo que llega a adquirir la fuerza y dureza de un proyectil.

—¿Tu conocer alguna arma semejante? —preguntó Chi Kiang por enésima vez.

—No, Chi. Ya te he dicho que no. Entre las armas de que disponemos nosotros, empleamos el aire comprimido en algunas de ellas, pero no como proyectil, sino como impulsor.

—Eso creer yo, dijo secamente Chi Kiang.

El problema estaba ya tan largamente discutido, que los dos hombres guardaron silencio. Donald apartó su mano derecha del volante y conectó el aparato de radio del vehículo. Durante algunos minutos estuvieron escuchando música variada. Por último se oyó la voz del speaker anunciando el diario hablado de aquella hora. Una serie de noticias fue surgiendo a través del monólogo del locutor, mientras los hombres prestaban ligera atención. De pronto la voz del locutor adoptó un tono más solemne. Chi Kiang y Donald,

advertidos por esta circunstancia, prestaron una mayor atención.

—«En nuestra crónica de sucesos —decía el hombre en aquellos momentos—, hemos de señalar uno altamente lamentable: En una reyerta producida hoy por varios negros en uno de los locales típicos del barrio de Harlem, salieron a relucir las armas, causando el desconcierto y la alarma entre el resto de visitantes del establecimiento, que habían acudido allí por curiosidad o para pasar algunas horas de asueto. Lo más lamentable de la situación, es que el Profesor William Scott, famoso Físico especializado en las cuestiones nucleares, fue alcanzado por un disparo de los muchos que se cruzaron entre los negros, falleciendo instantáneamente, ya que la mala fortuna hizo que le diera en el corazón. Ante semejante acontecimiento, los contendientes se dieron a la fuga, evitando caer en manos de la policía, que acudió rápidamente al lugar del suceso. La personalidad del Profesor William Scott es de todos conocida, y supone una gran pérdida, no solamente para el mundo científico en el que se desenvolvía de tan brillante manera, sino para toda la humanidad, la que le debe entre otras cosas, la creación y aplicación en terapéutica médica de muchos isótopos radiactivos, entre los que descuella su maravilloso trabajo que condujo a la eliminación del cáncer como azote de la humanidad.

Según rumores, el Profesor William Scott estaba dedicado en los actuales momentos a perfeccionar los procedimientos existentes que adaptan la energía atómica a los motores, y parece ser que su objetivo en este experimento era conseguir la construcción de un motor capaz de permitir a la humanidad realizar su primer viaje interplanetario.

Por el momento, no tenemos más noticias y sólo nos queda que añadir que importantes fuerzas de policía están dedicadas a la busca y captura del grupo de negros que promovió la reyerta, sin que hasta el momento haya podido conseguirse la menor pista.

Donald se había quedado petrificado al oír la noticia.

—Un caso lamentable ¿verdad Donald? —preguntó Chi Kiang.

Este pareció no entender lo que decía el chino. Luego reaccionó.

—Sí, Chi. Más que lamentable, lamentabilísimo.

— ¿Conocer tu al Profesor?

—Mucho. Lo que ha dicho la radio es cierto. Estaba preparando el motor que ha de servir para nuestras naves interplanetarias. El trabajo dependía precisamente de la base que yo dirijo.

—¡Caramba! —dijo Chi Kiang—. Yo sentir mucho amigo tuyo suceder esta cosa.

—¿No encuentras sospechoso que hayan asesinado al Profesor

Scott y que nosotros hayamos sufrido varios accidentes?

—Ser otra pieza del rompecabezas. Quizá esa pieza explique otras, dijo el chino.

—No sé por qué —continuó Donald—, creo que nos encontramos en medio de una terrible conjura, cuyo alcance no soy capaz de entrever todavía, pero sin embargo cada vez tengo mayor convicción de que es así.

En aquel momento el locutor volvió a dar otra noticia interesante:

—Continúan los disturbios en el Sur de los Estados Unidos. La población negra del Sur de los Estados Unidos, hoy en día en franca mayoría con respecto de la población blanca, sigue su cadena continuada de disturbios, fomentados en muchas ocasiones por la incomprensión de los blancos, que se niegan a abolir de una vez para siempre la discriminación racial. A pesar de las órdenes del Tribunal Supremo en ese sentido, el viejo problema continúa todavía en pie, en esta ocasión acrecentado por la indudable posición ventajosa que los negros en mayoría, como ya hemos dicho anteriormente, van teniendo en los Gobiernos de los distintos Estados del Sur.

Los últimos disturbios tuvieron como consecuencia el asalto de distintos edificios oficiales como, asimismo, tal vez por equivocación, la destrucción de los dos más importantes laboratorios del Sur de los Estados Unidos.

La actitud de los negros se ve apoyada y enardecida por la nueva entidad secreta denominada «El Poder Negro», y que se opone a los blancos en una versión a la inversa del tristemente famoso Ku-Kux-Klan.

—Malos tiempos estamos atravesando, comentó Donald en voz alta.

—Ser así, Chi Kiang tener piel amarilla, negros tenerla de otro color, americanos de otro, pero Chi Kiang creer que corazón de todos los hombres ser del mismo color. No tener importancia la piel.

—Si tú sabes que yo opino de la misma manera. Sin embargo algunos aprovechados están procurando sacar partido de la situación, bien sea azuzando a los negros contra sus hermanos blancos o, a la inversa, haciendo que los blancos se muestren intransigentes y provocando con ello una mayor reacción por parte de los seres de la otra raza.

—Pronto haber en Estados Unidos más negros que blancos.

—Sí. Las familias de los negros son más numerosas. Se

reproducen más abundantemente.

—Ser preciso llegar a un acuerdo, si no, blancos y negros entrar en terrible guerra civil.

Los dos hombres guardaron silencio después del último comentario. Cada uno procuraba hacerse una composición de lugar, y en el fondo, convenían en el mismo punto de vista.

Fue Donald el primero en romper aquel silencio.

—Si queremos llegar antes de que oscurezca a la base, tendremos que acelerar un poco nuestra marcha.

Uniendo la acción a la palabra, pisó el acelerador y el automóvil emprendió una veloz carrera hacia su objetivo. Pero no habían recorrido dos kilómetros cuando Donald frenó bruscamente el vehículo. La gran rapidez de coordinación de Chi Kiang relacionó aquello con algún peligro inmediato y, como por arte de magia, apareció en su mano derecha una pistola de gran calibre.

—¿Qué sucede, Donald?

Este no contestó a la pregunta, pero también en su mano esgrimía una pistola. Sus ojos miraban fijamente hacia adelante. El chino siguió la dirección de la mirada de Donald, y vio que, en dirección contraria a la que ellos llevaban, venía un camión en el que campeaban visiblemente las letras C. O. E.

Los dos hombres permanecieron con los sentidos tensos y la mirada fija en aquel vehículo, que se aproximaba a regular marcha. Las pistolas estaban prontas a entrar en acción al menor movimiento sospechoso del vehículo o de los hombres que lo conducían.

El camión se fue aproximando, y por último pasó por el lado del detenido coche de Donald y siguió su marcha hasta perderse en un recodo de la carretera.

—Bueno —dijo Donald con un suspiro—, me parece que tenemos los nervios un poco excitados. Después de todo, no ha pasado nada.

Chi Kiang, que miraba a través del cristal de la parte posterior del automóvil, recuperó su posición normal, y murmuró.

—Sí. No pasar nada. Sin embargo, ser curiosa presencia coche por estos sitios.

—Creo que no es más que una coincidencia, contestó Donald. Después de todo esa Compañía esta constituida en gran parte por capital americano. Muchos son los materiales que se llevan de los Estados Unidos a la base experimental del Océano Indico. No es raro que una empresa de tal envergadura tenga que disponer de transportes propios por todos los Estados Unidos.

Pasado, pues, aquel momento de alarma Donald puso de nuevo en marcha el automóvil y continuaron su camino, aunque prefirió llevar una marcha más moderada.

Ya se encontraban a unos cincuenta kilómetros de la base, cuando Chi Kiang hizo un gesto que indicaba profunda atención.

—¿Qué sucede? —preguntó Donald.

—¿Tu no oír nada, Donald?

—¿Qué es lo que tengo que oír? —preguntó éste desconcertado.

—Parar el motor del automóvil.

Donald obedeció instantáneamente, y el ruido del motor se extinguió.

—¿Oír tú ahora algo?

Donald aguzó el oído y de pronto percibió claramente un débil y lejano silbido.

—Sí, Chi, oigo como un lejano silbido.

Unos segundos después aquel silbido iba creciendo de tono y los dos hombres se miraron con asombro.

— ¡Pronto! —dijo Kiang—, ¡abandonemos el auto!

Con increíble rapidez, los dos hombres salieron del automóvil y se adentraron en los campos que bordeaban la orilla derecha de la carretera, para tumbarse poco después en una pequeña hondonada.

Aquel ruido silbante iba creciendo de tono, hasta hacerse insoportable. Los tímpanos de los dos hombres estaban a punto de estallar. Viejos conocedores de todas las tretas de guerra, comenzaron a gritar con todas sus fuerzas, con objeto de mitigar un poco la terrible vibración.

Donald pensó por un momento que habían caído en una nueva trampa y que de seguir in crescendo aquel horrible silbido, acabaría por desvanecerse. Por último, la nota llegó a su momento más agudo e instantáneamente cesó de escucharse. Los dos hombres se hallaban congestionados a consecuencia del esfuerzo realizado con sus gritos. Un silencio sepulcral siguió, como contraste, a aquel terrible silbido, mientras los oídos de los dos amigos volvían a adaptarse al matiz del ruido normal del lugar en que se encontraban.

—Ha sido algo verdaderamente horrible, comentó Donald, por un momento creí que me iba a estallar la cabeza. Cada vez comprendo menos, Chi Kiang, todas estas cosas.

Los dos hombres se levantaron y se dirigieron hacia el vehículo, aparcado a un lado de la carretera. Se encontraban ya a pocos pasos del mismo cuando Donald detuvo con un ademán a Kiang.

—¡Observa!

Este miró en la dirección indicada por su amigo y pudo ver el automóvil, temblaba como si se tratara de una criatura humana aterida por el frío.

—El espíritu de Gran Fantasma Feng —dijo el chino— anda suelto por aquí.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando Donald dio un grito.

—¡Ya está! Se trata de la vibración producida por ondas sonoras. El silbido que hemos escuchado es una onda sonora de gran potencia que sigue produciéndose a nuestro alrededor, pero que habiendo pasado los límites del oído humano, hemos dejado de percibir.

En este instante un sordo rumor que venía de la lejanía fue creciendo hasta convertirse en una horrorosa explosión, mientras que a unos cincuenta kilómetros de distancia, en la dirección ocupada por la base de experimentación atómica, se levantaba hacia el cielo una fulgurante columna, resplandeciente, como si se tratara de plata fundida, y cuyo destello iluminaba por completo una extensión superior a los cien kilómetros.

Donald y Chi Kiang miraban fascinados aquella columna que se elevaba incesantemente hacia las alturas y en cuya cúspide se iba formando la trágica y conocida silueta de un enorme hongo.

—¡Chi! ¡Chi! —gritó Donald, presa de indescriptible excitación — Nuestra base atómica ha explotado.

Los dos hombres quedaron como petrificados ante aquella apocalíptica visión, hasta que una huracanada tromba de aire, consecuencia indudable del tremendo fenómeno de la explosión nuclear, los arrojó al suelo, arrastrándolos como débiles juguetes de aquella monstruosa fuerza de la naturaleza desatada.

CAPITULO VIII

DESDE el momento en que Donald y Chi Kiang fueron lanzados al suelo por la terrible explosión atómica, los acontecimientos se sucedieron para éstos y para el mundo entero de una manera vertiginosa.

Los dos amigos habían quedado indemnes y, a toda marcha, retrocedieron el camino andado hasta situarse fuera del alcance de la peligrosa radiactividad.

Donald intentó por todos los medios comunicar con la base de experimentación, pero fue inútil.

Poco después, equipos especiales de la Aviación de los Estados Unidos sobrevolaron el lugar de la catástrofe, trayendo un informe desconsolador de lo sucedido: Los depósitos de uranio habían estallado por causas desconocidas y en un gran radio de acción todo era desolación y muerte.

Donald estaba desesperado ante la magnitud de la catástrofe, que no solamente había destruido una maravillosa obra, sino que había arrancado de la vida a muchos amigos y colaboradores suyos.

Apenas difundida la noticia todo el mundo se conmocionó. Los países del bloque oriental se dieron gran prisa a difundir por radio un informe oficial en el que recusaban toda posible culpa que pudiera imputárseles. Pero las cosas se agravaron cuando otras tres bases norteamericanas hicieron explosión. La tan terrible guerra atómica parecía haber comenzado. Las fuerzas de tierra, mar y aire de los Estados Unidos recibieron la orden de ponerse rápidamente en acción, y las plataformas lanzadoras de cohetes atómicos teledirigidos dispusiera con gran rapidez la réplica contra los países del bloque oriental, a los que se culpaba de haber desencadenado la guerra atómica, quizá con la esperanza de resolverla favorablemente en pocos días.

Ya habían salido las primeras escuadrillas de bombardeo atómico de los Estados Unidos, cuando una nueva noticia vino a sorprender al mundo entero: Dos de los más importantes centros de experimentación atómica de la Unión Soviética habían estallado de la misma manera y con idénticos resultados que los de Estados Unidos.

Los aviones que se dirigían a bombardear los grandes núcleos de la U. R. S. S. recibieron orden de aterrizar en una base de Inglaterra, en espera de nuevas instrucciones.

Tres nuevas explosiones atómicas en el territorio ruso venían a confirmar a los occidentales que no eran éstos los responsables de la catástrofe americana. Un terrible interrogante se abría en la conciencia de todos los hombres: ¿A qué obedecerían aquellas inenarrables catástrofes? El común de la gente consideraba que era el justo castigo de Dios por haber desatado una fuerza que debía estar vedada para los hombres. La mayoría de los seres de la Tierra, horrorizados ante una posible guerra atómica, reconocían que el hombre estaba todavía muy deficientemente preparado en el terreno moral para poseer en sus manos tan tremenda fuerza destructora.

Pero mientras todo el mundo se encontraba convulsionado por los acontecimientos, los máximos responsables de la dirección del mundo procuraban conservar la sangre fría y se afanaban desesperadamente por desentrañar el misterio.

Donald, tras profunda discusión con los miembros del Estado Mayor y el grupo más selecto de científicos del bloque occidental, había llegado a determinadas conclusiones.

En aquellos momentos, pues, volaba en compañía de Chi Kiang en dirección a la base flotante de la Compañía Oceánica de Energía.

—¿Tú creer que resolver nosotros algo?

—Es preciso buscar una pista donde quiera que sea. Esta vez no habrá inconveniente en penetrar en la base. Los distintos gobiernos de los que son súbditos los capitalistas de la empresa, han obligado a los mismos a que se nos reciba.

—¿Y tu creer que aclarar algo Stevenson?

—Verás, Chi: El Profesor Stevenson es uno de los más grandes especialistas de la teoría ondulatoria. Hace dos años que desapareció de su domicilio, dejando una carta en la que aclaraba que lo hacía por propia voluntad, al objeto de realizar determinado trabajo en secreto. Tenía la impresión de que se encuentra trabajando en la base flotante de la Compañía Oceánica de Energía. Al ser requerida ésta por nuestro Gobierno, se confirmó la noticia, y eso es lo que me induce a hacer este viaje. Necesito ver si puedo aclarar el porqué de estas explosiones.

Después de largas horas de vuelo, el avión avistó la enorme base flotante de la Compañía, que se mecía suavemente en un mar en calma. El piloto hizo la señal a la estación de radio de la base, al objeto de solicitar permiso para amerizar, y poco después el aparato se posaba tranquilamente a pocos metros de distancia de la misma. Dos canoas automóviles recogieron a los viajeros.

El hombre que recibió a Donald y Chi Kiang era un asiático de

rostro impenetrable y medianas proporciones. Su inglés era perfecto y la sonrisa no abandonaba sus labios en ningún momento.

—Sean bienvenidos a nuestra base, General. Advertidos por el Gobierno de los Estados Unidos, he de decirle que tenemos sumo placer en recibirle, al objeto de facilitar la reunión con el Profesor Stevenson.

Donald y Chi Kiang dieron las excusas de rigor y poco después se dirigían hacia un gran edificio construido de material plástico opaco, que servía de sede a la dirección aquella maravillosa empresa. Una vez entraron en un gran salón, su acompañante les invitó a sentarse y ordenó se les sirviera un whisky.

—Ahora mismo vendrá el doctor Warren, nuestro Director General.

Apenas había terminado de decir estas palabras, cuando la puerta se abrió y dió paso al personaje aludido. Donald y Chi Kiang se levantaron y no pudieron evitar un gesto de sorpresa. El recién venido era un hombre de raza negra, de gran estatura y recia complexión. Sobre su nariz descansaban levemente unas delicadas gafas y su pelo rizado era casi completamente blanco. Con una sonrisa, alargó su mano a los recién llegados.

—Tengo mucho gusto de tenerles entre nosotros. Estoy perfectamente enterado del objeto de su visita, y será para mi un verdadero placer poder serles útil.

Chi Kiang se había encerrado en su hermetismo oriental y no dejaba traslucir su verdadera impresión. Pero Donald no había podido todavía resarcirse de su sorpresa. El doctor Warren continuó:

—Comprendo la sorpresa de Vd., General.

—No. En realidad…

—Sí. No lo niegue, General Stanton. Es sorprendente ver a un hombre de mi raza en este lugar y asumiendo la pesada responsabilidad de la tarea que nos hemos propuesto. Pero no tiene nada de extraordinario. En realidad soy súbdito ruso, de origen americano. Mis padres emigraron a Rusia en el año 1920, y allí nací yo. Allí me doctoré en física y allí he realizado los trabajos y experiencias que hoy me capacitan para la dirección de este asunto. De todas formas les diré —dijo aquel hombre, como si hubiera leído el pensamiento de Donald—, que no actúo pon cuenta del Gobierno ruso. Fue solicitada mi colaboración por la empresa que financia el asunto y trabajo libremente para el provecho de la empresa y el mío propio.

—Dispénseme Vd. si he mostrado alguna extrañeza, pero

siempre me preocupó el pensar quién dirigía una empresa tan ambiciosa como esta. Creo conocer a la mayor parte de los hombres capacitados para ello, y me constaba que ninguno de ellos era. El caso está ahora perfectamente claro.

—Bien, —continuó el negro—, supongo que tendrán el máximo interés en resolver cuanto antes el objeto de su gestión. Voy a poner ante Vdes, al Profesor Stevenson.

Aquel hombre se dirigió hacia el que había recibido a Donald y Chi Kiang, y le hizo una seña. Este salió, y poco después vino acompañado de un hombre que aparentaba tener unos sesenta y cinco años de edad.

Su rostro era enjuto y su blanco pelo aparecía revuelto, dándole el aire inconfundible de un sabio, sólo preocupado con los problemas a resolver.

—¿Cómo está Vd., Profesor?, preguntó Donald.

El hombre miró curiosamente a su interlocutor y guardó silencio durante unos segundos. Parecía como si en su mente quisiera recordar a aquel hombre. Por fin inició una leve sonrisa.

—¡Querido Donald! ¡Quién había de pensar que le vería a Vd. por aquí!

Donald estrechó efusivamente la mano que le tendía, el profesor y por un momento recordó tiempos pasados. Aquellos tiempos de su juventud, en que el Profesor Stevenson había sido su maestro de física teórica en la Universidad Duke. Recordaba a aquel hombre afanoso y sonriente, que vivía con el único y exclusivo fin de hacer de aquellos muchachos que asistían a su clase futuros físicos. Ahora lo encontraba acabado.

—¿Se encuentra bien, Profesor?

—Sí, sí, me encuentro bien, dijo éste con voz lejana. Mucho trabajo. Muchas horas de laboratorio. Pero ya sabe que es lo que más me gusta, Donald.

Donald tuvo la impresión de que el hombre no se encontraba tan contento como quería suponer. Sin embargo no era el momento para entrar en averiguaciones de ese tipo.

—El objeto de nuestra visita...

—Sí, ya lo sé. Es por causa de esas extraordinarias explosiones ¿no es así?

—Cierto.

—Poco le puedo decir que Vd. no sepa, amigo Stanton. Por los informes que tengo, ha debido ser una explosión producida espontáneamente.

—Sí, Profesor. Pero Vd. sabe que el uranio es un elemento lo

bastante estable para que no se produzca una explosión de ese tipo sin más ni más.

—He oído decir por la radio que muchos millones de personas oyeron un terrible silbido que subió hasta un extremo insospechado y luego dejaron de oírlo: Poco después se producía la explosión. Tanto en los casos sucedidos en los Estados Unidos como en la Unión Soviética, las características han sido las mismas.

—Yo mismo y mi amigo Kiang oímos ese silbido

—Mi teoría es que una onda sonora de extraordinaria frecuencia ha producido un movimiento de vibración en los átomos del uranio basta conseguir que éstos se desintegraran espontáneamente. Si no hubiera habido depósitos de bombas atómicas, la explosión no hubiera tenido las características de violencia observadas. Incluso los depósitos de uranio, con su sólida estructura, han podido hacer de cámara de explosión, convirtiendo todo el material fisionable en una terrible bomba.

—Sí. Una explicación semejante han dado otros científicos. Pero Vd. no ignora, Profesor, que no existe en la tierra ser humano capaz de producir una onda sonora de tal frecuencia.

—Ya he pensado en ello, Donald. Pero he de decirle que quizá exista ese ser.

Donald miró profundamente al Profesor. ¿Qué querían decir aquellas palabras?

—No puedo pensar, Profesor, que ha encontrado Vd. el procedimiento, dijo Donald lentamente.

—¿Quién? ¿Yo? —contestó Stevenson, saliendo de su abstracción—. No, Donald, no. De haberlo conseguido no lo hubiera empleado de esa manera.

Los dos hombres guardaron silencio, bajo la mirada compasiva del doctor Warren. De pronto, y sin transición alguna, el Profesor se levantó.

—Lo siento, Donald, pero he de reintegrarme a mi trabajo. Siento no poderle decir nada más.

Donald y Chi Kiang se despidieron de aquel hombre, dando por terminada la reunión.

—Bien, —dijo el doctor Warren—, ya han cumplido Vds. el objeto de su misión. ¿Podemos servirles en alguna otra cosa?

—Gracias, doctor Warren, Creo que ya nada tenemos que hacer aquí.

Acompañados por su anfitrión comenzaron a caminar hacia el exterior del edificio. Ya atravesaban el hall, cuando un inesperado ser se les cruzó en el camino. Donald se detuvo y un grito salió de

su garganta.

—¡Rosalind! ¡Rosalind!

La mujer —pues de una mujer se trataba—, se volvió lentamente hacia Donald, Era una hermosa mujer de unos treinta años de edad. Sus cabellos rubios ofrecían un hermoso marco para sus facciones casi perfectas y en el azul de sus ojos se veía reflejada la sorpresa.

—¡Donald!

—Pero Rosalind —continuó Donald— ¿Qué haces aquí?

—Estoy trabajando aquí.

—Estoy muy enfadado contigo. ¿Cómo no me dijiste nada?

La mujer hizo un vago gesto con la cabeza. Rosalind había sido una persona de la intimidad de Donald. Este la conocía desde que era una chiquilla de diez años. Luego había seguido de cerca sus estudios de física y, por último, había estado trabajando a las órdenes de Donald durante tres años. Por fin un día desapareció dejando una carta en la que aseguraba abandonar el puesto para ir a trabajar a una empresa particular. Su relación con la base de experimentación atómica no era de tipo secreto y no se encontraba, por lo tanto, ligada de una manera absoluta a la misma.

Donald disimuló todo lo que pudo el sufrimiento que le había causado aquella separación. Nunca le había dicho a la muchacha que la amaba, porque la tenía tal como cosa suya que ni por un momento pasó por su cabeza que pudiera casarse con otro hombre. Luego su desaparición le turbó profundamente, pero en realidad no se sentía con ningún derecho para evitar que la muchacha procediera de aquella manera.

—Hoy es el día de las sorpresas —consiguió explicarle por fin—. Hace un momento he encontrado a mi viejo amigo el profesor Stevenson, y ahora a ti.

—Base flotante ser bonita, dijo Chi Kiang. Todo estar en orden. Haber viejos amigos. Yo quedar a vivir aquí con gusto una temporada.

El doctor Warren miró de hito en hito al chino

—Con mucho gusto lo tendríamos a usted aquí, si tuviera su título de experto en materias nucleares, sonrió Warren.

—Expertos en materias nucleares tener títulos, pero Chi Kiang tener escoba y poder barrer el suelo. Ser un trabajo preciso también.

Warren contestó con una sonrisa a la inesperada salida del chino y luego agregó:

—¡Quién sabe! Tal vez acabemos teniéndole como huésped.

Ya se dirigían hacia la puerta, acompañados por la muchacha, cuando, inopinadamente, salieron de una habitación lateral seis

hombres.

Donald miró sorprendido a los nuevos visitantes, pues, su aspecto no era nada tranquilizador: Cada uno de ellos era portador de una metralleta con la que apuntaban con gesto decidido a los dos amigos.

—¿Qué es esto? ¿Puede usted explicárnoslo, doctor Warren?

El negro no había abandonado su sonrisa.

—No trato más que de complacer al señor Chi Kiang, dijo sarcásticamente. Lo vamos a tener como huésped nuestro durante una temporada y he pensado que usted, general Stanton, no lo querrá dejar solo.

—Le advierto, doctor Warren, que está usted jugando con fuego. No toleraré ni un solo segundo más esta situación.

Y uniendo la acción a la palabra, Donald se dirigió hacia la puerta. Dos hombres se cruzaron en su camino. Donald golpeó al de la derecha, derribándole al suelo, mientras que el otro levantaba su arma al objeto de golpearle en la cabeza con la culata. Un rápido movimiento con la mano esquivó el golpe y replicó con un poderoso puñetazo en el estómago, que hizo a su contrincante caer de rodillas al suelo con la cara congestionada por el dolor. Otro de los hombres dirigió hacia Donald su arma, con el evidente objeto de disparar, pero algo cruzó el aire como una saeta y fue a clavarse en el antebrazo del agresor, que lanzó un grito de dolor al mismo tiempo que soltaba el arma.

Chi Kiang no había perdido el tiempo. El finísimo cuchillo que solía llevar en el antebrazo derecho, en previsión de una eventualidad como aquella, había aparecido en su mano como por arte de magia y con certera puntería había sido lanzado contra el brazo de aquel hombre. En pocos segundos se organizó una tremenda pelea en aquel recinto, en el que los agresores se veían vapuleados por el terrible dinamismo de aquellos dos hombres, cuyo gran conocimiento de la lucha personal les hacía casi invulnerables.

Warren y la muchacha se habían apartado a un lado y miraban fijamente a los contendientes. Poco después diez o doce hombres más entraban en la habitación sumándose a los atacantes de los dos amigos. La lucha fue asombrosa, pero la tremenda superioridad numérica de los enemigos fue reduciendo poco a poco las posibilidades de Donald y Chi Kiang, y unos minutos después se encontraban en el suelo inmovilizados por el peso de sus atacantes.

—Está bien —dijo el doctor Warren—, podéis llevároslos.

Los dos prisioneros fueron puestos en pie, bajo la fría mirada del

doctor Warren. Donald, con la ropa destrozada y el pelo revuelto, miró al doctor Warren sin comprender todavía lo que sucedía. Luego dirigió sus ojos hacia Rosalind y vio que la muchacha había mirado la escena con perfecta indiferencia.

—¡Rosalind! —dijo Donald—. ¿Cómo es posible que veas con indiferencia semejante iniquidad?

La muchacha lo miró de soslayo y luego le dio la espalda y se alejó majestuosamente. Los aprehensores tiraron de los dos amigos a una orden del doctor Warren.

—Le advierto a usted que tendrá que rendir cuentas muy estrechas de este atropello —aun pudo decir Donald antes de perder de vista a aquel hombre.

—Mi honorable abuelo decir siempre: Detrás de la sonrisa de la hiena encontrarse un corazón maligno.

Poco después los dos hombres desaparecían por una puerta lateral, mientras el doctor Warren sonreía siniestramente.

CAPITULO IX

AUNQUE la situación por que atravesaba en aquel momento Donald era sobremanera indignante, éste no perdió la cabeza. Hombre avezado a la lucha, a realizar las acciones más arriesgadas, sabía la importancia que tiene el conservarse despierto y vigilante en cualquier circunstancia que fuese.

Así, pues, fue tomando nota mental de todos los sitios por los que pasaban en su destino hacia las mazmorras donde iban a quedar como prisioneros.

Una vez abandonaron el hall donde se había producido la lucha atravesaron un gran salón y luego un estrecho y largo pasillo. Al terminar éste dieron en una estrecha escalera, por la cual descendieron, y Donald pudo contar cincuenta escalones.

Indudablemente, aquella maravillosa obra de ingeniería que suponía la base flotante para la producción de energía eléctrica aprovechando las mareas marinas, tenía más importancia de lo que era dable pensar. Al parecer, varios pisos se hundían debajo del mar, ampliando así las dependencias de aquel sitio.

Apenas habían llegado al rellano final de la escalera, cuando a los oídos de Donald y Chi Kiang llegó un sordo rumor: Era como un poderoso mosconeo, que de vez en cuando subía de tono hasta convertirse casi en un finísimo silbido. Para un hombre como Donald acostumbrado a trabajar en los laboratorios, aquello tenía un significado perfectamente claro: Se trataba de alguna sala de máquinas, donde, a no dudarlo, actuaba un poderoso electroimán.

Por fin desembocaron en una habitación circular de unos ocho metros de diámetro, cuya pared mostraba una serie de pequeñas puertas con un tragaluz cada una. Uno de los hombres que les había apresado pulsó un botón en la parte de la derecha de una de las puertas, y ésta se abrió automáticamente. Con gran violencia los dos hombres fueron arrojados al interior de aquel estrecho cuarto. Era una habitación asimismo circular, que tendría apenas metro y medio de diámetro. Ningún hombre de proporciones normales podría acostarse en ella. La habitación estaba completamente desnuda de todo mueble o adminículo y débilmente iluminada por la estrecha ventanilla que tenía en la puerta.

Una vez repuestos los dos hombres del empujón, vieron que la

puerta se cerraba automáticamente, mientras sus guardianes emprendían el camino de regreso. Chi Kiang y Donald se miraron durante unos segundos en silencio.

—Bien —dijo Donald, intentando adaptarse a la situación—. ¿No querías quedarte aquí, Chi?

—Mí querer quedar con buenos amigos de esta honorable casa. Doctor Warren ser muy simpático. El sonreír como un artista de cine.

—Sí, —-dijo Donald, que comprendía la ironía de Kiang.— Hemos entrado aquí maravillosamente, lo difícil va a ser la salida.

—Honorable abuelo Chi Kiang decir que cuanto más rápido bajar de una montaña, más difícil ser la subida. Yo estar seguro, Donald, que haber dado nosotros con secreto importante. Quizá ser una gran base de contrabando de estupefacientes donde nosotros encontrarnos ahora.

—No, Chi, no creo que sea eso. Me parece algo mucho más importante. Ni el Profesor Stevenson ni Rosalind estarían trabajando aquí para cosa semejante.

Chi Kiang miró a Donald.

—Yo no estar seguro de eso, Donald. Rosalind ver impasible como hombres doctor Warren golpearnos.

Sí, eso es lo desconcertante —dijo Donald que, en efecto, no podía comprender cómo aquella muchacha, a la que tan íntimamente había estado ligado durante tanto tiempo, había podido observar la escena sin pestañear; el recibimiento había sido frío, pero su posterior actitud resultaba completamente incomprensible—. He de reconocer que las cosas son desconcertantes. Jamás hubiera esperado de Rosalind una actitud que se parece en todo y por todo a la complicidad.

—Por eso decirte yo, Donald, que ser posible que Rosalind y el Profesor Stevenson dedicarse ahora al contrabando.

—De todas formas, no lo creo. No creo que un Profesor de la categoría del Doctor Stevenson, e incluso la misma Rosalind, se dediquen a esa tarea. No hace falta tener sus conocimientos para asociarse a una empresa de contrabando en gran escala. Ten en cuenta que el Doctor Stevenson es una primera autoridad mundial en cuestiones de física y lo mismo Rosalind, aunque joven, ha hecho trabajos de gran importancia sobre las bajas temperaturas. No se pueden desperdiciar dos cerebros así en tareas subalternas de contrabando.

—Entonces ¿qué creer tú, Donald?

—Creo que la cosa es mucho más importante. Antes he oído el

silbido característico de un poderoso electroimán.

—¿Eso ser para producir luz?

—No, Kiang. Un electroimán es un instrumento indispensable en cualquier laboratorio atómico. Aquí hay, indudablemente, un trabajo científico. Su objetivo no lo sé, pero resulta sospechoso a todas luces. Si acaso hubiera algo de contrabando de estupefacientes, estoy seguro de que habría de ser una tarea secundaria, tal vez para aportar fondos a la empresa que aquí se pretende realizar.

El rostro de Chi Kiang había ido tomando un aire impenetrable, síntoma indudable de la gran preocupación que le embargaba.

—¿Qué piensas de todo esto que te digo, Kiang?

—Mi creer que atravesar nosotros grave situación. Si ser cierto eso que tu decir, nosotros tener pocas posibilidades de salir con vida de esta ratonera.

—Lo que me sorprende —dijo Donald— es que nos hayan hecho prisioneros. Hubiera sido más fácil y cómodo para ellos dejarnos marchar. Después de todo, les creamos un problema. No somos unos desconocidos: Hemos venido en nombre del Gobierno de los Estados Unidos y además se sabe que vinimos aquí. ¿Cómo explicarán nuestra desaparición a las Autoridades?

—Si, eso ser punto importante. Pero tener la seguridad, Donald, de que simpático doctor Warren haber pensado todo. Hombre capaz de dirigir empresa como esta, ser hombre capaz de tener todo previsto.

—De cualquier modo que sea —continuó Donald— me resulta incomprensible el que se busque situaciones embarazosas sin más ni más.

—Tú razonar bien, Donald. Ser incomprensible al negarse sin ningún beneficio. Por eso te digo que haber un beneficio para doctor Warren y no creo que tardemos en saber cuál ser ese beneficio.

Los dos hombres continuaron así departiendo durante varias horas, intentando encontrar una luz que pudiera orientarles y una pista sobre el confuso mar de acontecimientos que habían vivido en los últimos días, y que culminaban con su extraño aprisionamiento.

Kiang había intentado por todos los medios reconocer centímetro a centímetro el lugar en que se encontraban, al objeto de ver si había alguna posibilidad de escapar. Pero todo fue inútil. Ni aún la vista agudísima del chino consiguió descubrir la ranura que indicara la posición de la puerta. Afortunadamente, cuando fueron arrojados a la habitación habían quedado en el suelo frente a la

misma, y Kiang había hecho una señal en el trozo de pared que debía ser la puerta, aprovechando la tinta de la pluma estilográfica de Donald. Excepto aquello, nada había que pudiera orientarles, el recinto, como hemos dicho, era circular y uniforme y estaba desprovisto de cualquier detalle. Pero las intenciones de sus enemigos no iban a estar ocultas por mucho tiempo. Un leve chasquido en la parte exterior de aquel recinto y un rectángulo de luz apareció al abrirse la puerta. Una docena de hombres armados estaba en el exterior, e indudablemente venían por los prisioneros. El Jefe del grupo se adelantó un paso en el interior del recinto.

—Bien. Vais a venir con nosotros. Espero que no intentéis realizar el más mínimo acto de agresión, porque de ser así os mataríamos como perros.

—Mi honorable abuelo decir siempre que ser amable con el anfitrión. Mí agradecer mucho hospedaje y prometo ser buen chico.

—Bueno, basta de monsergas, y adelante.

Donald y Kiang salieron de la habitación y fueron rodeados por el grupo de hombres que los esperaban, hasta que una voz del jefe dió la orden de marcha.

De nuevo volvieron a sucederse pasillos, escaleras, habitaciones, hasta desembocar por último en una gran habitación de techo bajo, que tenía todo el aspecto de un laboratorio médico.

Donald no comprendía qué es lo que pretendían aquellos hombres llevándoles a una instalación de tipo semejante. Durante unos segundos permaneció en silencio, hasta que vió aparecer a Rosalind acompañando a un anciano vestido non una bata blanca, y de la misma raza que el doctor Warren. Lo más sorprendente para Donald era que estos negros se diferenciaban fundamentalmente de los negros americanos. Aunque el color de la piel era el mismo, sus facciones eran más regulares, mucho más semejantes a las de los blancos. Tal vez fueran descendientes de la antigua civilización Watusi, raza privilegiada del corazón de Africa, de cuya belleza y armonía de proporciones, dentro de su gran estatura, había oído hablar Donald.

Rosalind miró con indiferencia a los dos prisioneros. Donald buscaba su mirada afanosamente, con objeto de descubrir en ella el misterio de su actitud. Kiang, por el contrario, mostraba un gesto impenetrable, que de ninguna manera hubiera podido ser exponente de la astucia del oriental.

Una seña del hombre recién venido, y seis hombres sujetaron fuertemente a Donald, que apenas tuvo tiempo de debatirse. Luego fue arrastrado hacia una especie de mesa de operaciones y tendido

en ella a la fuerza, donde quedó fuertemente amarrado.

Kiang quise lanzarse en ayuda de su amigo, pero varios de sus guardianes apoyaron sus armas en su cuerpo, con decisión evidente de disparar.

—Rosalind, —dijo el anciano de la bata blanca—, mídale la onda cerebral.

Rosalind hizo una seña y dos ayudantes acercaron a la mesa de operaciones un cochecito portador de un extraño aparato. La muchacha, con gesto indiferente, aplicó varios tubos a la cabeza de Donald e hizo algunas anotaciones en un bloc, ante el aparato de registro.

—Onda, A-5. Coeficiente de frecuencia, 2.

El anciano miró largamente a Donald.

—¡Caramba! Parece ser que nos encontramos ante un superdotado.

—Ya le dije yo, Profesor, quién era este hombre— agregó la muchacha.

Aquellas palabras sublevaron en lo más íntimo a Donald. Desesperadamente quiso desasirse de sus ligaduras.

—No está bien su actitud, General —sonrió el anciano— Un hombre de su capacidad mental debe darse cuenta de cuando tiene perdida la partida.

Luego se volvió hacia Rosalind.

—Compruebe ahora el índice ideológico.

Otro nuevo instrumento vino a conectarse con el que había servido para la experiencia. Nuevamente volvió la muchacha a observar los aparatos de registro, y dió en voz alta complicadas claves al anciano.

—Sí, —respondió éste—, formación filosófica. Ideas fundamentales. Será preciso emplear un ejemplar de dos años.

Donald no comprendía aquello. Que fueran capaces de medirle la onda cerebral tan fácilmente y, lo que es más, medir sus principios morales, era algo que mostraba a aquellos endemoniados seres dotados de una técnica y unos conocimientos desconocidos hasta entonces de la humanidad.

El anciano se volvió hacia uno de sus ayudantes.

—Traigan un ejemplar de dos años.

El interpelado partió rápidamente a cumplir la orden. En este momento entró el doctor Warren en la habitación.

—¿Todo preparado?

—Sí, —dijo Rosalind— Hemos medido la onda cerebral y el índice ideológico.

—El caso está perfectamente claro, Warren, —dijo el anciano de la bata blanca.

El doctor Warren se aproximó a la mesa de operaciones y miró fijamente a Donald.

—Me imagino que no le ha gustado mucho el recibimiento que le hemos hecho.

—Y yo me imagino —contestó Donald gallardamente— que algún día lo veré sentarse en la silla eléctrica.

El doctor Warren sonrió.

—Vamos, General, no sea Vd. niño. Comprendo que se encuentre un poco molesto, pero dentro de poco habrá pasado todo. Estoy convencido de que ha de ser usted uno de mis más valiosos colaboradores. Y, hablando de ello, he venido a hacerle una proposición: ¿Quiere usted trabajar conmigo?

La mirada de Donald fue tan significativa como una clara contestación.

—Ya sé —continuó Warren— que no es usted un hombre fácil de convencer, pero todavía no le he dado mis condiciones. Trabajar para mí no solamente significa salvar la vida, sino todo el dinero que quiera, más aún, todo el poder que quiera.

—No sé cuáles son sus manejos ni qué es lo que pretende, pero me consta que es usted un individuo fuera de la Ley, y como tal, tendrá que pagar sus culpas tarde o temprano.

El doctor Warren se quedó mirando hacia un lugar indefinido con una helada sonrisa en los labios.

—Tal vez lo que a usted le parece ilegal, será la Ley dentro de poco.

Aquellas palabras eran desconcertantes, pero Donald no tuvo tiempo de reflexionar sobre ellas. Un rumor a sus espaldas le hizo percatarse de que el ayudante que había salido a cumplir las instrucciones del anciano, regresaba. Pocos segundos después entraba en el campo de visión del prisionero. Venía acompañado por otros tres individuos y entre los cuatro arrastraban sobre un tren de ruedas una extraña caja de medio metro cúbico, en cuya parte superior se veía una anilla.

Donald sintió una profunda curiosidad.

—Está bien —dijo Warren—, ya que usted lo quiere así, procederemos de otra manera.

Hizo una seña al anciano de la bata blanca, y éste dio una breve orden a los portadores de la caja.

—Bien. Vamos a actuar.

Estos tiraron de la anilla de la parte superior, y destaparon la

caja. Después sacaron del interior de la misma un extraño objeto: Se trataba de una jaula de unos veinticinco centímetros de alto por cuarenta de largo. Los barrotes de la misma eran de plástico, y dentro se podía ver la más horrorosa criatura que pudiera concebir mente humana alguna. Era una especie de insecto, como un mosquito gigantesco, cuyo peso no sería inferior a dos kilos. Sus grandes ojos redondos se movían en todas direcciones y sus repugnantes patas apenas si podían moverse en el interior de la jaula, cuyo suelo era de materia transparente. El cuerpo estaba recubierto por largos pelos y su cabeza terminaba en una larga trompa, que venía a descansar casi en el suelo. El animal se encontraba inmovilizado en el interior de la jaula, merced a un ingenioso juego de ligaduras metálicas.

Donald vio a aquella monstruosa criatura de la naturaleza y el más profundo asombro le invadió. No conocía nada en la tierra que pudiera parecerse remotamente a aquel horroroso insecto. El cuerpo era de color oscuro y los dos pares de alas estaban matizados por un vivísimo color rojo que combinaba fantásticamente con el amarillo moteado de negro de sus descomunales ojos. Ni aun entre la variada fauna tropical podía encontrarse nada que se asemejara a aquello

Estaba sumido en estos pensamientos, cuando vio que dos ayudantes desabrochaban su guerrera, luego su camisa y le arrancaban después violentamente la camiseta interior, hasta dejar su pecho al descubierto. Luego vio con sorpresa que la jaula del monstruoso animal era levantada por dos hombres y, poco después, la situaban sobre su pecho.

La proximidad de aquella horrible criatura le hizo sentir unas profundas náuseas. El animal permaneció inmóvil sobre el pecho de Donald. Luego, el anciano que dirigía la operación sacó un pequeño instrumento de su bolsillo, parecido a un silbato, y comenzó a modular una sorda melodía. Era como un zumbido monótono, de tono grave, pero penetrante. En la habitación todos miraban fascinados la jaula que permanecía sobre el pecho de Donald. Este intentó removerse, pera fueron inútiles sus esfuerzos. Por último, el monstruoso insecto comenzó a moverse. Su larga Trompa, que colgaba hasta casi tocar el suelo, fue moviéndose hasta adquirir una posición horizontal. Luego se introdujo entre dos barrotes y fue alargándose hacia el exterior, hasta adquirir una longitud dos veces superior a la que mostraba antes.

El anciano siguió modulando aquella extraña melodía en el silbato y la trompa del infernal insecto comenzó a doblarse para ir descendiendo, poco a poco, sobre el pecho descubierto de Donald.

Este, obsesionado por la repugnancia que la causaba el animal y por la amenaza que pudiera suponer para su vida el extraño contacto, tiraba con todas sus fuerzas de las ligaduras que le ataban a la mesa de operaciones. Pero estaban éstas distribuidas de tal manera, que apenas si conseguía transformar toda aquella energía en un ligerísimo movimiento.

Por último, la trompa del insecto llegó a un milímetro de su piel. El doctor Warren, comenzó a iluminar su cara con una sonrisa. Rosalind miraba con indiferencia, mientras el anciano de la bata blanca seguía modulando su misteriosa melodía.

Donald contuvo difícilmente un grito de desesperación en su garganta.

En este instante algo cruzó el aire como un luminoso relámpago. De momento, quedaron todos sorprendidos sin saber qué es lo que había sucedido, excepto Chi Kiang, cuyas facciones endurecidas por la emoción del momento, le daban el extraño aspecto de una serpiente dispuesta a inyectar el mortal veneno sobre su víctima. Sus ojos miraban fijamente y sin pestañear hacia la jaula que tenía Donald sobre el pecho. Entre los dos ojos del monstruoso insecto, asomaba el mango de marfil del pequeño cuchillo que Chi Kiang había lanzado, en uno de los golpes más magistrales de su existencia. El insecto había recogido su trompa, en un gesto instintivo, y al parecer estaba sin vida.

Mientras los demás se reponían de su sorpresa, Kiang lanzó el aire de sus pulmones, pues había contenido la respiración durante su audaz acto. El interés que mostraban sus guardianes por el experimento que iba a hacerse, le había servido a Kiang para rascarse la cabeza, luego había descendido la mano con gesto indiferente hacia la nuca, donde precisamente y debajo de la ropa, guardaba un pequeño cuchillo para casos de emergencia. Después de medir la distancia con la vista, su mano había disparado con rapidez increíble el cuchillo, midiendo cor exactitud la violencia del golpe y la posible resistencia del blando cuerpo del insecto. Kiang sabía que un pequeño error en el cálculo hubiera supuesto la muerte de Donald, ya que la trayectoria del cuchillo pasaba por la jaula y por la garganta de Donald.

Aunque el chino era un verdadero maestro en el arte de arrojar el cuchillo había temido por un momento equivocarse. Afortunadamente todo había salido según sus cálculos y ya nada tenía que temer su amigo de aquella criatura, más propia para habitar el infierno que la superficie de la tierra.

Poco después, la reacción de sus guardianes daba con Kiang en

el suelo, no sin que antes dos de ellos se desplomaran ante el ataque fulminante de Chi.

Una vez calmada la situación, el doctor Warren, con los ojos inyectados de cólera, dio una orden terminante:

—¡Sumidlos en la inconsciencia a los dos!

En pocos segundos se dispusieron dos inyecciones para los dos amigos. Chi Kiang quedó sin sentido apenas la afilada aguja atravesó los músculos de su brazo. Luego el doctor Warren se acercó con otra jeringuilla a Donald, al que miró con un profundo odio.

—Bien. Yo te enseñaré a ti a ser obediente.

Y luego hundió brutalmente la aguja en el brazo de Donald, que perdió la conciencia de todo en pocos instantes.

—Y ahora —dijo Warren a sus subordinados—, preparados para enviar a nuestros prisioneros a la base Celeste-4.

Donald y Chi fueron sacados de la habitación inconscientes, mientras Warren, Rosalind y el anciano de la bata blanca, salían por otra puerta, en dirección contraria.

CAPITULO X

LA noche descendía pausadamente sobre la plataforma flotante de la Compañía Oceánica de Energía. En el sector occidental de aquella extraordinaria arquitectura, reinaba gran animación. Aunque la iluminación era difusa, tal vez para no llamar excesivamente la atención de los barcos o aviones que pudieran pasar por allí, era sin embargo suficiente para que los hombres pudieran moverse con absoluta libertad.

El profesor Stevenson impartía órdenes a un pequeño ejército de ayudantes, que iban de acá para allá sin detenerse un momento. Donald y Chi Kiang se encontraban a pocos pasos del profesor, fuertemente atados y amordazados. No sabían el tiempo que había pasado desde que sufrieron los efectos de la inyección. Cuando despertaron estaban en la celda circular que ya conocían, y poco después un grupo de hombres fuertemente armados habían ido por ellos y los habían sacado al exterior. Todo cuanto sucedía era completamente incomprensible para los dos amigos.

En aquel instante apareció Rosalind y, con paso sereno, se dirigió al profesor Stevenson.

—Todo está preparado, profesor.

—¿Ha hecho los cálculos del potencial?

—Si. Dentro de diez minutos la base «Celeste-4» estará en la posición prevista. El potencial del acelerador ha sido elevado, según mis cálculos, en la proporción necesaria.

—Está bien —dijo Stevenson.

Nuevamente apareció Warren ante los ojos de los dos prisioneros.

—Bien, profesor Stevenson. ¿Están las cosas en orden?

—Todo dispuesto, doctor. Realizaremos la maniobra cuando usted diga.

—No podemos, pues, perder tiempo. Nuestros vigías nos comunican que dentro de media hora pasarán tres navíos de guerra

de los Estados Unidos a unas ocho millas de distancia de nuestra base. Es de suponer que no sospechen nada, pero es preferible evitar todo riesgo.

—Entonces ¿podemos comenzar ya?

—Sí —dijo secamente el doctor Warren.

Stevenson se volvió hacia un hombre que tenía a su derecha y le ordenó:

—Doctor Levois, eleve el acelerador.

El hombre dio unas órdenes en voz alta previniendo a la gente y poco después pulsó un pequeño botón rojo, de un cuadro de mandos que tenía delante. Un extraño zumbido, igual al que oyó Donald cuando fueron transportados al calabozo la primera vez, fue llenando los ámbitos de la noche.

Una gran parte de la superficie de la plataforma donde se movían los hombres del profesor Stevenson había quedado desierta y comenzó a descorrerse, dejando que un gran chorro de luz que venía de las profundidades taladrara la estrellada noche. Pasados unos segundos quedó al descubierto un boquete circular de unos 30 metros de diámetro.

Donald y Chi Kiang miraban fascinados aquella nueva maravilla y poco a poco vieron aparecer de la profundidad del agujero abierto una poderosa mole metálica de difícil identificación, pero a todas luces una complicada obra de ingeniería. Junto con aquella estructura fue ascendiendo el extraño zumbido que ya iba resultando familiar a los oídos de los dos prisioneros.

Donald miraba con concentrada atención cada uno de los detalles de aquel ingenio, intentando deducir de qué se trataba. Si no fuera por las enormes proporciones del mismo, hubiera dicho que se trataba de un acelerador de neutrones. Una extensión circular recorrida por un poderoso campo electromagnético. Sí; aquello tenía todo el aspecto de un acelerador de este tipo, pero mucho más grande. Donald había hecho actuar estos aceleradores de neutrones infinidad de veces. Mediante los mismos y merced al poderoso campo electromagnético, se conseguía hacer que los neutrones giraran a gran velocidad en un movimiento circular, hasta conseguir la velocidad necesaria para dispararlos contra los núcleos atómicos que debían desintegrarse.

Por último, cesó el movimiento ascendente de la estructura, mostrándose en toda su inmensa grandiosidad la extraña arquitectura mecánica.

El profesor Stevenson dio una orden:

—¡Preparados para el lanzamiento!

Una sección lateral del extraño mecanismo se descorrió lentamente, dejando al descubierto una pequeña porción de un túnel, que recorría al parecer todo el perímetro de la estructura. En el hueco del túnel había dos esferas metálicas de unos 80 centímetros de altura. Un grupo de hombres se encargó de sacarlas al exterior. Al parecer, debía de tratarse de un metal poco pesado, pues las manejaban con relativa soltura.

—Rosalind —dijo el profesor Stevenson—. Prepare a los prisioneros.

La muchacha hizo una seña a algunos ayudantes y poco después los dos hombres eran revestidos por un extraño equipo, consistente en un mono color naranja y una especie de escafandra transparente. Rosalind fue conectando algunos instrumentos que se encontraban adheridos en el pectoral del extraño atavío, y una serie de luces rojas y verdes comenzaron a parpadear, indicando a Rosalind los datos que quería conocer.

—Ya está todo, profesor Stevenson.

—¿Ha calculado bien el coeficiente de adaptación a la aceleración?

—Sí —dijo la muchacha—. Son dos hombres fuertes y con la protección especial que llevan, podrán adaptarse en unos doce segundos.

—De acuerdo.

Luego, a otra orden del profesor, cuatro hombres cogieron a Chi Kiang y lo llevaron en volandas hasta el lado de una de las esferas. Apenas llegó allí, los que habían manipulado las mismas la abrieron, mostrando su hueco interior. Chi Kiang fue metido dentro en no muy cómoda posición, pues tenía que permanecer en cuclillas con la cabeza apoyada en las rodillas y los brazos pegados al cuerpo. Luego las dos mitades volvieron a cerrarse. Rosalind se acercó a las esferas.

—¡Suministro de oxigeno!

Uno de los hombres hizo una ligera conexión, merced a un conmutador que había en la parte exterior de la esfera.

—Ya está —dijo en voz alta.

—Esfera número uno, preparada —comunicó Rosalind al profesor Stevenson.

Luego, transportada por cuatro hombres, fue depositada en el túnel que había quedado al descubierto. Poco después se realizaba la misma operación con Donald.

—¡Todo listo! —gritó Rosalind al profesor Stevenson.

—Levois, cierre el túnel —ordenó el profesor.

Y luego de unos segundos añadió:

—Electroimán en marcha.

El zumbido que había estado oyéndose sin cesar fue subiendo de tono. Una luz difusa fue iluminando los alrededores de aquel extraño aparato, hasta hacer transparentes las paredes. Las esferas, perfectamente encajadas entre las paredes del túnel comenzaron a deslizarse iniciando el viaje circular alrededor del perímetro de aquel aparato. Poco a poco fueron adquiriendo mayor velocidad, hasta que llegó un momento en que era imposible distinguirlas, como sucede con un punto luminoso cuando lo hacemos girar vertiginosamente.

Las dos esferas guardaban siempre la misma distancia, pasando y repasando delante de los ojos de Rosalind y Stevenson, mientras el extraño zumbido del aparato se convertía en un silbido cuyo tono iba siendo cada vez más agudo.

Rosalind iba contando en voz alta los segundos que transcurrían y a cada dos segundos el profesor Levois pulsaba un botón diferente del cuadro de mandos que tenia delante, aumentando la aceleración de las dos esferas. Llegado el segundo seis. Stevenson ordenó secamente:

—¡Conexión de salida!

—Levois bajó una pequeña palanca que tenía a su izquierda.

—Conexión de salida hecha.

Rosalind contaba en aquel momento el segundo diez.

—Preparados para la acción —volvió a ordenar Stevenson.

—Preparados —dijo Levois, mientras actuaba otro instrumento que tenía a su alcance. Y en el mismo momento en que Rosalind lanzaba en voz alta el número doce, Stevenson decía escuetamente:

—¡Fuera!

Las dos esferas dejaron de discurrir en sentido circular para continuar por una conexión lateral del túnel, que subía en espiral hacia el centro mismo de la parte superior de la estructura mecánica.

Poco después eran lanzadas al espacio a incalculable velocidad, dejando tras de sí la estela del agudo silbido que produjeron al atravesar el aire como dos meteoros.

CAPITULO XI

DONALD y Chi habían perdido el conocimiento apenas las dos esferas comenzaron a girar vertiginosamente en el extraño aparato Si hubieran podido ver lo que sucedía no hubiera podido ser más grande su asombro. Las dos esferas habían salido disparadas hacia el infinito a una velocidad de vértigo. Durante varios minutos hicieron su trayecto sin interrupción. Por último, perdida ya la fuerza inicial, comenzaron a describir una parábola en un movimiento de caída.

Una enorme esfera metálica, de superficie extrañamente irregular, apareció flotando en el vacío, como un satélite muerto de la Tierra. Alrededor de la misma había una gran red de un metal parecido al acero. La red daba la vuelta a la esfera en sentido ecuatorial. Las dos esferas fueron descendiendo con precisión matemática hacia la misma, hasta caer encima de ella. Durante unos instantes rebotaron como pelotas de goma lanzadas contra el suelo. Aquella red parecía ser de un metal semejante al acero, pero con mucha mayor elasticidad y resistencia que éste.

Las dos esferas rebotaron contra la red, a pesar de la carga magnética que ésta poseía y que frenaba en gran parte los movimientos de las mismas. Por último, quedaron sujetas a la red como un trozo de hierro a un imán. Luego la superficie de la esfera descorrió una escotilla a la altura del borde interior de la red y dos extraños monstruos de acero aparecieron.

Se trataba de dos ingenios mecánicos con la forma muy similar a dos arañas de grandes dimensiones. Sus largas y articuladas patas se posaron en la malla de la red y comenzaron a caminar con extraño ruido metálico hacia las esferas, al igual que harían dos arañas en dirección a su presa.

La escotilla volvió a cerrarse y los dos extraños monstruos metálicos alcanzaron las esferas que aprisionaban a Donald y Chi Kiang. Una vez llegados a ellas las cogieron con sus dos patas delanteras y llevándolas en alto volvieron a desandar el camino en dirección al preciso punto por el que habían emergido al exterior.

Por último llegaron a su lugar de origen, volvió a abrirse la escotilla y desaparecieron en el interior de la esfera.

Un grupo de hombres estaba esperando. Apenas llegaron los

extraños ingenios mecánicos, uno de los hombres que los dirigían a distancia por medio de un equipo de mandos magnético; hizo la desconexión necesaria y los dos monstruos quedaron inmóviles, perdiendo aquella momentánea vida que habían adquirido.

Inmediatamente fueron abiertas las esferas y Donald y Chi aparecieron en su interior sin conocimiento y con un leve hilillo de sangre manándoles por la nariz y por los oídos.

—¡Pronto! —dijo uno de los hombres allí reunidos—. Llevémosles al laboratorio.

Rápidamente fueron trasladados los prisioneros al lugar indicado y poco después, tras aplicárseles una inyección, recuperaban el conocimiento.

Donald vio a la gente que le rodeaba y por un momento creyó que se encontraba en la clínica donde pretendía hacerse con él la terrible experiencia con el monstruo insecto. Pero en cuanto se recuperó un poco se pudo percatar de que estaba en otro sitio distinto, y el recuerdo de las dos esferas vino a su mente.

Un hombre lo miraba con gesto preocupado.

—¿Se encuentra usted bien, Donald?

Para éste fue asombroso escuchar su nombre.

—Sí, estoy bien. ¿Quién es usted?

El hombre lo miraba seriamente sin responder y Donald lanzó un grito.

—¡Profesor Toscanelli!

—Sí, yo soy. ¿Le sorprende verme aquí, verdad?

—Ya va estando todo claro para mí —dijo Donald.

—¿Qué es lo que está claro? —contestó el hombre.

—Me encuentro detrás del telón de acero ¿no es cierto?

—No. No es cierto, Donald.

—Es inútil que trate de negármelo, profesor. Usted desapareció del mundo científico occidental y nuestro servicio de información llegó al convencimiento de que se encontraba detrás del telón de acero, como tantos otros.

—Tendré que explicarle la situación —intervino otro de los allí reunidos.

Donald dirigió sus ojos hacia su nuevo interlocutor y el asombro más vivo se reflejó en su cara.

—¡Los hombres azules!

Efectivamente, el que lo había interpelado era un hombre que coincidía perfectamente con la descripción hecha por Chi Kiang de los dos hombres muertos que vio flotando en una playa del Océano Indico.

Era de proporciones regulares y en todo parecido a un ser de la raza blanca, pero el color de la piel era de un azul pálido, pero intenso. El hombre lo miraba con una sonrisa, mitad de satisfacción y mitad de desdén.

—Sí —le dijo—. Yo le explicaré a usted su situación, general Donald. Se encuentra usted prisionero de Tarma, el pueblo errante del espacio.

Donald apenas si podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—En este instante se encuentra usted a centenares de miles de kilómetros de la Tierra.

Si no fuera porque tenía ante sus ojos un hombre de características extrahumanas, Donald hubiera creído que se trataba todo de una fantasía. Sin embargo, allí tenía la realidad palpable: Su extraño viaje encerrado en la esfera; los hombres azules muertos, vistos por Chi Kiang; aquel hombre azul que le hablaba con una fría sonrisa en los labios y un regocijo incontenible en la mirada.

Donald se adaptó rápidamente a la situación, como hombre de acción que era.

—Bien, tal vez eso sea cierto. ¿Y qué es lo que pretenden de mí?

—Es una cuestión que le aclararé en pocas palabras. Queremos, sencillamente, que trabaje con nosotros.

—No creo que la mejor manera de pedirme eso sea raptándome miserablemente.

—No teníamos otro procedimiento.

—Cuando lo que se pretende es honrado, hay otros procedimientos —contestó Donald—

—El concepto de la honradez difiere profundamente entre nuestro pueblo y los pueblos de la Tierra. Somos un pueblo errante. En el principio de los siglos fuimos castigados a vagar por el espacio sin tener nunca reposo. Nuestro pueblo abandonó en sus naves siderales el planeta en el cual vivía y que iba a ser destruido. Desde entonces, y de esto hace muchos miles de años, hemos vagado por el espacio en nuestros aparatos. La Tierra, en el planeta donde al fin vamos a poner nuestra planta. Hubiéramos llegado a un acuerdo con los seres de la misma si no hubiera estado tan poblada. Necesitamos una extensión mucho mayor que la de ustedes podrían darnos, en caso de decidirse a hacerlo. Por lo tanto, hemos decidido ocuparla, después de destruir a una buena parte de la humanidad que la puebla. Usted general Donald, es uno de los pocos afortunados mortales que se salvará de la futura matanza. Creo que debe estarnos agradecido por haberle elegido.

Donald miró rectamente a aquel hombre, y contestó con

absoluta sangre fría:

—Tal vez dispongan ustedes de medios suficientes para atacar la Tierra, pero no seré yo quien les ayude.

El hombre sonrió ante estas palabras de Donald.

—Sí. Estoy seguro de que lo hará usted.

—Por otra parte —continuó Donald, sin hacer caso de la velada amenaza—, no son ustedes tan fuertes como parecen.

El hombre miró con gesto interrogador.

—El caso está claro —dijo Donald—. Si hubieran podido realizar sus designios, ya lo hubieran hecho. ¿A qué obedece solicitar mi colaboración? ¿A qué obedece aprovecharse de los conocimientos del profesor Stevenson o del profesor Toscanelli? Ahora voy viendo claras muchas cosas sucedidas en la Tierra. Muchos sabios desaparecidos de la misma y que en distintas ocasiones hemos considerado que se encontraban en la otra parte del telón de acero.

—En eso tiene usted razón —dijo el hombre con una sonrisa—. En efecto, muchos de los mejores cerebros de la Tierra están con nosotros, y sólo le diré que colaboran a plena satisfacción.

—¿Es cierto, profesor Toscanelli?

El aludido asintió con una sonrisa. Esto era algo que sublevaba a Donald. Con gesto airado se dirigió hacia el profesor.

—¿Cómo es posible, profesor, que haya usted caído tan bajo?

El profesor miró a Donald como si se tratara de un bicho raro.

—No comprendo su manera de pensar, general Donald. ¿Me acusa usted a mí?

—Sí, a usted. Usted es un producto de la civilización terrestre. Aprendió en las Universidades de la Tierra. Se le dieron medios para experimentar y laborar hasta conseguir hacer de usted un sabio famoso en toda la Tierra. ¿Cómo olvida tan fácilmente eso y se pone al servicio de los enemigos de la misma?

—Las cosas antes eran de otra manera —dijo Toscanelli con voz serena—. Hoy pienso de forma muy distinta. La humanidad no merece mi colaboración y apoyo científico. Ahora sirvo a unos hombres superiores, que tienen mayor derecho a ejercer su predominio sobre la Tierra. Estoy orgulloso de trabajar para ellos, y espero que usted lo estará dentro de poco.

— ¡Eso nunca! —dijo Donald—. Por el contrario, estoy seguro de poderle dar a usted una lección, profesor Toscanelli. Hay veces en que la vida no debe contar como elemento para actuar en la balanza: Si es preciso perderla, se pierde. Hay otros ideales, otros imperativos que obligan a los hombres honrados a proceder según su conciencia y no según el peligro que corren.

—Bueno, general Donald —intervino el hombre azul—. Hemos perdido ya demasiado tiempo. Estoy seguro de hacer de usted un perfecto colaborador.

Poco después varios hombres azules sujetaban fuertemente a Donald, mientras otro grupo semejante hacía lo mismo con Chi Kiang. El chino no intentó resistencia, convencido de que todo sería inútil. Sus inteligentes ojillos miraban en todas direcciones y escrutaban la faz de Donald, al objeto de actuar según una seña o indicación de éste.

Pero Donald, se daba asimismo cuenta, de que era imposible luchar en aquellas circunstancias.

Poco después eran trasladados a una mesa de operaciones, como había sucedido en la base flotante del Océano Indico, y de nuevo volvió a repetirse la repugnante escena que allí se había celebrado y que fue cortada certeramente por el hábil lanzamiento del puñal de Chi.

Un nuevo monstruo, muy semejante al de la base flotante, fue sacado por unos hombres y colocado encima del pecho de Donald.

El hombre azul se dirigió hacia el profesor Toscanelli

—Profesor, vaya a la cabina de comunicaciones y comunique a la base «Celeste-5», que tenemos aquí a los prisioneros.

El profesar Toscanelli salió de la habitación. Luego el hombre azul se dirigió de nuevo a Donald.

—Bien, vamos a hacer la experiencia. No quiero tenerle a usted más en suspense, Donald. Este extraño inserto que usted tiene sobre el pecho es una de las pocas especies que pudieron salvarse cuando abandonamos nuestro planeta. Sus características son muy especiales. Nos los llevamos en nuestras naves porque en determinadas circunstancias sirven para curar la locura. Segregan un líquido que tiene un poder especial en estos casos. Pero, asimismo, sirve para cambiar radicalmente las ideas de cualquier ser, al extremo de llevarlas de un extremo a otro. Usted que es hombre tan decidido y de principios tan arraigados, se convertirá por ese procedimiento en uno de nuestros mejores colaboradores. No tengo inconveniente en decirle esto, ya que poco después de la picadura de enorme mosquito usted lo olvidará todo y se convertirá en uno de nuestros más devotos admiradores. ¿Qué tal le parece la cosa? —terminó el hombre con una sonrisa maligna.

Donald pensó que si era cierto lo que aquel hombre decía, pronto iba a acabar todo.

Ahora se hizo la luz en su mente. Ahora comprendía la actitud del profesor Stevenson, de Rosalind, del profesor Toscanelli. Quizá

los hombres azules se habían decidido a raptar científicos de la Tierra al objeto de hacerlos sus colaboradores. Lo que no comprendía es qué era lo que pretendían de ellos. Por qué tenían necesidad de estos hombres aquellos otros que parecían dominar la técnica hasta extremos incomprensibles.

El hombre azul había cogido un silbato semejante al empleado en la base del Océano Indico y comenzó a modular aquella extraña y suave melodía. El mosquito fue desperezándose y alargó su trompa a través de los barrotes de la jaula.

Chi Kiang intentó desasirse de sus aprehensores. Un hábil movimiento de los hombros, según la más depurada técnica del jiu-jitsu, consiguió derribar a dos de ellos. Pero los otros consiguieron dominar al oriental, reduciéndolo a la impotencia.

—Tú —dijo el hombre azul—, tendrás pronto tu merecido. No vas a sernos útil como lo es el general Donald, y aquí no podemos tener hombres inútiles.

Luego hizo una seña a los hombres que aprisionaban a Chi Kiang y éstos se lo llevaron a rastras hacia el interior de aquella extraña estructura.

Donald, fuertemente sujeto a la mesa de operaciones, no podía hacer nada por defenderse del ataque de aquel monstruoso insecto, que clavó su trompa en la carne de Donald.

Un velo de oscuridad se fue extendiendo sobre sus ojos a consecuencia de la repugnancia que sentía, y poco a poco perdió el conocimiento.

El hombre azul lo observó durante unos segundos y luego dio una orden a sus hombres. Estos lo desataron y lo situaron en una camilla con ruedas, abandonando poco después la habitación.

CAPITULO XII

VEINTICUATRO horas después de los acontecimientos últimamente narrados, se celebraba una reunión en el puesto de mando del hombre azul que había ordenado el experimento con Donald.

A la reunión asistían el profesor Toscanelli, Donald, el hombre azul que se llamaba Barduk, y Chi Kiang.

—Bien —decía en aquel momento Barduk—, las cosas van aclarándose. Así que dice usted, general Donald, que en la base de experimentación atómica que usted dirigía se estaba experimentando con un nuevo tipo de armas.

—Sí, amigo Barduk. Además de estos cohetes teledirigidos que le he dicho, y que son capaces de dar la vuelta a la Tierra en menos de una hora, se está trabajando en los rayos cósmicos, habiéndose conseguido en la actualidad concentrar haces de estos rayos capaces de eliminar la vida de todo cuanto tocan.

—¿Y hay en otros países algo semejante?

—Sí. Nuestro servicio de información nos ha dado algunos datos sobre los trabajos similares realizados en la Confederación Oriental. Por su parte, Inglaterra está perfeccionando un arma térmica, capaz de fundir una poderosa instalación industrial en pocos segundos.

—¿Y a qué extremos han llegado ya en este terreno? —preguntó el hombre azul interesado.

—Todavía son armas de laboratorio —repuso Donald—. Es simple cuestión de tiempo el perfeccionarlas hasta hacerlas manejables.

—Bien, general Donald, creo que lo más oportuno será que me haga una memoria de los conocimientos que usted tiene a este respecto. Si la hace por escrito podremos atar muchos cabos y ver cuáles son los datos que pueden servirnos mejor para su utilización.

—De acuerdo —dijo Donald—; creo que necesitaré tres o cuatro días para ello.

—Si puede, termínela antes. De momento no tenemos que operar urgentemente en la Tierra, pero se está acercando la hora.

El profesor Toscanelli miraba con ojos inquisitivos a Donald, y éste se sintió molesto por la insistente mirada. Sin embargo, el profesor guardaba silencio. Su alta y delgada figura hundida en el mullido sillón en el que se encontraba, apenas si se había movido desde el momento en que comenzó la conversación, dos horas antes.

Chi Kiang había sido llamado apenas hacía diez minutos, y

observaba con hermetismo impenetrable la conversación entre Barduk y Donald. El hombre azul volvió su mirada hacia el oriental.

—En cuanto a ti —dijo en tono despectivo—: ¿Qué datos puedes damos de algún interés?

El chino guardó silencio durante unos segundos, antes de contestar.

—Mí sólo poder dar datos de un sinvergüenza que tener delante de mis ojos: Ser extraño hombre de piel azul.

La salida del chino sublevó por un instante a Barduk Dando un puñetazo sobre la mesa, se levantó con gesto amenazador, pero la mirada impenetrable y serena del oriental le frenó en su impulso, y volvió a sentarse con una sonrisa.

—Yo sé cómo he de tratarte a ti, chino del diablo.

—Cuando honorable abuelo de Chi Kiang decir lo mismo, dar siempre unos azotes.

—Comprenderás —continuó el hombre azul—, que eres un ser demasiado inútil, para saber todo lo que sabes sobre nosotros.

¿Quién es, en realidad, este chino, general Donald? ¿Por qué le acompañaba a usted?

—Es un agente del Servicio de Contraespionaje de los Estados Unidos —contestó sin vacilar Donald—. Está altamente especializado en la persecución de traficantes de estupefacientes.

—¿Pero tiene algún conocimiento científico, algún valor en este orden que podamos aprovechar?

—No. No tiene una instrucción científica y sí sólo una gran utilidad para las tareas que le he dicho.

—Bien. No es el nuestro un problema de tráfico de estupefacientes —dijo el hombre sonriendo

El chino volvió a tomar la palabra.

—Hace muchos miles de años, el gran dragón Feng enfadarse con los hombres. Un día subirse a la luna. Entonces la tierra estar sumida en la oscuridad y todos los enamorados llorar mucho, hasta formar todos los ríos de la Tierra. Hoy haber perdido Chi Kiang un gran amigo y Chi Kiang llorar siempre por la pérdida de éste

Las palabras del chino iban dirigidas directamente a Donald, el cual las recibió sin inmutarse.

—Estoy harto de tus monsergas —dijo Barduk, a quien indudablemente crispaba los nervios la serena actitud del oriental.

—Mí estar harto de ti y de tu pueblo —contestó el chino irguiendo la cabeza—. Sólo siento no tener ocasión de enseñarte algunos juegos de manos. Chino Chi Kiang saber un bonito juego que consistir en arrancarte la cabeza del cuerpo. ¿Tú querer probar?

El hombre azul estaba preso de la mayor indignación. Fueron las palabras de Donald las que lo calmaron por el momento.

—Creo que no debemos dejarnos excitar por un tipo de una raza inferior —, dijo, mirando despectivamente a Chi Kiang.

—De todos modos —dijo el hombre azul—, es un hombre que más pronto significa un peligro que otra cosa. Lo eliminaremos.

—Sin embargo —continuó Donald—, sería interesante hacerle confesar algunas cosas,

—¿Por ejemplo? —dijo el hombre azul.

—El fue el primero que vio a dos hombres azules. Vino a buscarme para comunicármelo, pero no me extrañaría que sepa más cosas, o que quizá haya hecho la misma comunicación a otros seres de la Tierra. Creo que sería interesante el intentar arrancarle una confesión en ese sentido.

Barduk quedó pensativo un momento.

—Sí, tal vez eso sea de interés. Aunque dudo que pueda ser así. Lo más probable, general Donald, es que le hubiera confesado a usted un detalle de esa importancia.

—Sí, es muy posible —dijo Donald—. De todas formas, con estos orientales nunca se sabe qué es lo que dicen y qué es lo que se callan.

—De todas formas no es ningún problema intentar arrancarle una confesión —dijo Barduk—. Ordenaré a mis hombres que procedan en consecuencia.

Barduk pulsó un timbre que se hallaba en la mesa de su despacho y poco después entraban cuatro vigilantes que se llevaban a Chi fuertemente sujeto por unas correas especiales, que se adherían a la carne, haciendo una perfecta ligadura sin necesidad de hacer nudo alguno ni usar ningún otro procedimiento semejante.

—Bueno, profesor Toscanelli —dijo Barduk—, ¿qué le parece el informe del general Donald?

—Lo considero interesante en algunos aspectos —dijo éste—. Sin embargo, todo ha sido un poco vago y general. Creo poder decirle a usted qué cosas son aprovechables, en cuanto el general haga el informe por escrito.

—Sí. Indudablemente es así -—dijo Donald—. La conversación ha sido muy general. Sin embargo, al trasladarlo a las cuartillas, cobrará todo un perfil más preciso

—¿Cuándo cree usted que lo tendrá dispuesto?

—Quizá dentro de tres o cuatro días.

—Está bien. Mientras tanto el profesor Toscanelli le enseñará algunas cosas de interés dentro de esta base celeste que ocupamos.

Es usted un hombre de ciencia, general Donald, y puede sernos extraordinariamente útil.

—No hay para mí mayor placer —contestó Donald con una sonrisa.

La reunión quedó disuelta poco después y Donald salió en compañía del profesor Toscanelli a recorrer las dependencias de aquella extraña base celeste.

Después de tres horas de ir recorriendo aquel recinto, Donald quedó convencido de que los Hombres Azules eran hombres de un cerebro portentoso. Para haber sido fabricada aquella obra muchos miles de años antes, demostraban unos conocimientos técnicos muy superiores a los de los terrestres.

—Y dígame, Profesor ¿Cómo es que desde la Tierra no se ha podido observar nunca una base de estas? ¿Tan lejos estamos?

—No. No es eso, General Donald. Nos encontramos solamente a doscientos ochenta mil kilómetros de la Tierra. Pero la superficie de estas esferas tiene una característica muy particular.

—Si. Algo de eso creo haber podido observar a través de lo poco que he podido ver de la misma y que usted me ha enseñado.

—Pues verá. General Donald. Esta base es invisible para la Tierra porque la superficie de la esfera está constituida de tal modo que refleja los rayos del sol en distintas direcciones, por medio de un sistema de prismas que constituyen la superficie y que desviando los rayos vuelven por último a salir empleando la misma dirección de salida que llevaron a la entrada. De esta manera no hay una interrupción en el campo visual y no puede ser percibida desde ningún sitio que esté a más de cuatro o cinco kilómetros de distancia.

La actitud del Profesor Toscanelli no dejaba de presentar algunos matices curiosos para Donald. Se mostraba afable y atendía con paciencia a las muchas preguntas que le hacía el General. Sin embargo Donald pudo sorprenderle a veces con el rabillo del ojo mirándole profundamente, como queriendo escrutar en su cara algún secreto íntimo que le preocupara.

Fueron, pues, visitando todas las dependencias de la Base Celeste n.° 4, que estaba dotada por unos ochocientos hombres. Asimismo revisaron la complicada sala de máquinas, que resultó un arcano secreto para Donald, aún a pesar de los conocimientos que éste tenía en tales materias.

—La propulsión de esta esfera —dijo el Profesor Toscanelli—, es uno de los adelantos más grandes del Pueblo Errante. No emplean energía ninguna; simplemente un complicado procedimiento para

elevar la gravedad de tal forma que en este instante, por ejemplo, podría rechazar la gravedad de la Tierra y la esfera progresaría, en consecuencia, hacia la Luna, que es la masa material que está más cerca de ella.

—Es algo maravilloso —comentó Donald—.

—Pero no es eso todo, Donald. Es que lo mismo pueden hacer con cualquier otra masa del Universo. Tienen como si dijéramos una especie de selectividad de la gravitación, de la misma manera que un aparato de radio consigue seleccionar las ondas que le interesan al oyente. En la sala de máquinas ha visto usted una inmensa pantalla donde vibraban incesantemente unas ondas rojizas ¿no es eso?

—Si. En efecto.

—Pues esas ondas son las que pertenecen a la gravedad de la Tierra. Girando uno de los botones que hay en la parte inferior de la pantalla, se consigue localizar la gravedad de la Luna o de cualquier otro planeta, por distante que esté; y quien dice planeta, dice de una estrella lejana.

Estos hombres han conseguido hacer una serie de canales en el equilibrio gravitatorio del Universo, pudiendo pasar de la atracción de una estrella a otra, de la misma manera que una embarcación puede pasar de uno a otro canal aprovechando otros canales pequeños accesorios que los ligan a la mayoría entre sí.

—Francamente maravilloso, Profesor Toscanelli. ¿Desde cuándo conoce usted esas cosas?

—Yo estoy al servicio de esta Base hace ya algunos años. He conseguido ganarme justamente la confianza de los hombres que dirigen a este pueblo y éste ya no es un secreto para mí. He recibido muchas informaciones; De todas formas hubiera acabado haciendo las observaciones necesarias para llegar a la conclusión verdadera de estas cosas.

Ahora voy a enseñarle lo que podríamos llamar hospital de esta Nave Celeste.

Los dos hombres tomaron un pequeño ascensor y se dirigieron hacia la superficie de la esfera, a pocos metros ya de la parte exterior.

Allí desembarcaron en una amplia red de habitaciones montadas con los últimos adelantos de la ciencia médica, y otras cosas que Donald desconocía.

Con gesto indiferente fue éste mirando las caras de los que allí estaban, ora como médicos, ora como enfermos, cuando al pasar por un pasillo lleno de puertas, vio una entreabierta. Una cierta

curiosidad indiferente le hizo dirigir allí su mirada: Una enfermera y un médico luchaban con un paciente. De pronto una voz heló la sangre en las venas de Donald.

—Un momento, Profesor —dijo mientras se acercaba a la entreabierta puerta—.

Cuando fijó su atención en el paciente que se debatía, vio con sorpresa que se trataba de Rosalind. Su cara estaba transfigurada. No era ni sombra de aquella muchacha que conoció en otro tiempo, ni siquiera de la que vio pocos días antes en la Base del océano Índico.

Estaba demacrada, sus ojos desencajados y vidriosos orlados por profundas ojeras, el pelo revuelto y el color de los labios huido indicaba que se encontraba enferma.

¿Cómo era posible que en tan poco tiempo Rosalind se hubiera agotado de tal forma?

Donald no pudo evitarlo, y entró en la habitación.

—¿Qué es lo que sucede aquí?

El hombre miró a Donald con extrañeza.

—¿Quién es usted? ¿Quién es usted para hacerme preguntas?

En este momento entró el Profesor Toscanelli, que indudablemente tenía alguna autoridad sobre el personal subalterno.

—Doctor Kadok —dijo—, permítame que le presente al General Donald Stanton, un nuevo colaborador nuestro.

La cara del Hombre Azul se dulcificó.

—Ah. Usted perdone. ¿Cómo está, General?

Donald apenas si contestó al saludo.

—¿Le interesa a usted nuestra paciente?

—Es una amiga mía.

— ¡Ah, caramba! ¡Qué casualidad!

Tanto el médico como la enfermera se apartaron para que Donald pudiera saludar a sus anchas a la mujer

Rosalind miraba a Donald con los ojos sin fijeza alguna, mientras este se adelantaba hacia ella.

—¿Cómo te encuentras. Rosalind. ¿Qué te sucede?

La muchacha movió la cabeza sin pronunciar una palabra. Evidentemente no conseguía ordenar sus ideas.

—Soy yo. Donald. ¿No me recuerdas?

—Donald —dijo la muchacha, con un leve hilo de voz—, Donald.

—Si. ¿No te acuerdas cuando apenas eras una niña? ¿No te acuerdas, luego, en la base atómica?

—Donald —volvió a decir la muchacha—, ¡Ah, si. Donald! ¿Qué es lo que me sucede?

—¿Qué le ha pasado, Doctor? —preguntó Donald conmovido.

—No es nada. Es simplemente un caso de semi-amnesia pasajera. Creo que podremos ponerla bien en muy poco tiempo. Quizá bastarán algunas horas.

Aquellas palabras, aunque sorprendentes, llenaban de esperanza y satisfacción a Donald.

—¿Usted cree que será así?

—Sí —intervino el Profesor Toscanelli—. No es la primera vez que la tenemos aquí. A todos nos sucede algo parecido de vez en cuando. Comenzamos a perder la memoria, a sentirnos débiles, a no hilvanar nuestras ideas. No estamos capacitados como los hombres del Pueblo Errante para vivir constantemente en el aire y en estas condiciones en que vivimos. Es uno de los pequeños sacrificios que debemos aceptar en honor a la causa que defendemos; pero eso tiene fácil solución —concluyó el Profesor—, un par de inyecciones, y todo habrá vuelto a la normalidad.

—Donald —decía Rosalind en aquel momento—. ¡Cuanto tiempo sin vernos! ¿Te acuerdas?

El doctor cortó la palabra a Rosalind.

—Bueno, no puede excitarse usted más—. Usted perdone, General, pero no creo debamos prolongar esta entrevista.

Donald comprendió la racionalidad de las palabras del Doctor y abandonó la habitación, no sin antes echar una mirada de tierna compasión hacia aquella mujer, que seguía siéndolo todo para él.

CAPITULO XIII

CHI Kiang tema motivos más que sobrados para maldecir de la vida. Desde aquel miserable día en que habían quedado prisioneros del Doctor Warren en la Base Flotante del océano Indico, todo habían sido desdichas y sinsabores.

Ahora se encontraba prisionero en la Base Celeste n.° 4, mientras, incomprensiblemente, Donald se esforzaba en tratarle como un enemigo.

Ya hacía cuatro días que permanecía encerrado en aquella estrecha celda circular, mientras el Hombre Azul encargado de la Base tenía prisa por hacerlo desaparecer del mundo de los vivos.

Donald había insistido una y otra vez, al objeto de hacer confesar no se sabe qué extrañas cosas.

En aquellos momentos Barduk y Donald estaban con él, protegidos por un nutrido grupo de hombres armados.

—Sí, querido. Es inútil que pretendas disimular ante mí —decía en aquellos momentos Donald—-. Yo sé que tú estás enterado de muchas cosas.

—Honorable amigo Donald —dijo el chino con gesto triste—, tú saber quien ser Chi Kiang. Chi Kiang no tener secretos para ti.

—He de decirte que nunca me fié demasiado de tus melosas palabras. Más te vale hablar.

Chi Kiang miró tristemente a Donald, y en sus ojos se mostraba una desesperada incomprensión.

—Mi honorable padre decir: Chi, no esforzarte en tener muchos amigos. Amistad ser la más hermosa cosa del mundo. Tener pocos amigos pero ser fiel hasta la muerte.

—¿Qué demonios quiere decir el chino del diablo? —dijo el Hombre Azul.

—El chino del diablo maldecir a ti. Tú haber transformado mi amigo Donald en terrible enemigo Chi Kiang no tener miedo, solamente tener el corazón roto.

—Bueno, Chi, déjate de monsergas —dijo Donald—. Es preciso que nos digas si comunicaste lo que habías descubierto a cualquier otro ser de la Tierra, de lo contrario creo que nuestro amigo Barduk tiene procedimientos muy adecuados para hacerte confesar.

—Mí no hablar ya más. Mí recordar viejo amigo Donald Stanton

y no querer decir palabras que le ofendan. Viejo amigo estar muerto, pero estar todavía de pie su cadáver.

—Bueno, creo que es inútil —dijo el Hombre Azul—. Me parece que lo mejor será tomar una medida radical.

Donald miró luego al hombre azul sin saber qué contestarle. Luego éste se volvió hacia uno de los hombres de su guardia:

—Kortok, el caso está ya resuelto: Hay que hacerle desaparecer.

—Está bien, Barduk. ¿Cuándo quieres que sea la cosa?

—Dentro de dos horas. Lo mejor será incinerarlo.

—Así se hará, Barduk.

Luego, el hombre azul hizo una seña a Donald y ambos salieron de la celda, dejando a Chi Kiang sumido en su sola desesperación.

—Creo que cometemos una equivocación —dijo Donald, caminando por el pasillo en compañía del hombre azul.

—He pensado bien la cosa, general. Tal vez el chino comunicara a alguien su descubrimiento; pero de todas formas su noticia debió ser extraordinariamente vaga. Es posible que no le dieran crédito. De habérselo dado haría falta una nueva confirmación por parte de éste para que las Autoridades pudieran tener interés en el asunto. Creo que una vez muerto la cosa quedará zanjada.

Donald asintió con gesto cansado y continuó su camino en silencio. Poco después se despedía del hombre azul, dispuesto a hacerle una pequeña visita a Rosalind.

Ya comenzaba a estar familiarizado con las interioridades de aquel extraño ingenio metálico y no le fue difícil dar con el lugar destinado a hospital del mismo. Con paso decidido se dirigió a la habitación ocupada por Rosalind. El doctor Kadok lo tropezó por uno de los pasillos.

—¿Qué hay, general Donald?

—Quisiera visitar a mi antigua conocida.

—Venga. Yo le acompañaré. Por cierto, que estoy muy preocupado con ella.

—¿Qué es lo que sucede? —dijo Donald con un sobresalto.

—No sé. Es la primera vez que acontece una cosa semejante.

Donald tenía el alma en un hilo, ante las palabras de aquel hombre, pero no dijo nada. Poco después llegaban a la habitación de Rosalind y la enfermera, una mujer de la misma raza que el Doctor, les abrió la puerta.

Donald echó una mirada angustiosa en derredor de la habitación y vió a Rosalind postrada en el lecho. Su cara era la misma o tal vez presentaba peor aspecto que cuando la vio dos días antes. Su piel se hacía transparente y el brillo de los ojos parecía indicar que se

encontraba presa de un ataque febril. Donald se acercó lentamente a los pies de la cama y la observó con cuidado. La muchacha había perdido la frescura y lozanía que en otro tiempo la hicieron aparecer como una de las mujeres más hermosas de los Estados Unidos. Su respiración era fatigosa y murmuraba incesantemente incoherentes palabras.

Un nudo en la garganta le impedía a Donald pronunciar una sola palabra. El Doctor Kadok vino en su ayuda.

—Sí, como le decía antes, es un caso extraordinario. A todos los terrestres que colaboran con nosotros les sucede esto de vez en cuando; pero es suficiente una inyección, o a lo sumo dos, de un preparado especial que poseemos, para que se recuperen totalmente. En esta ocasión hemos hecho la prueba y el resultado ha sido negativo. No comprendo cómo no ha reaccionado esta mujer.

En aquel momento entraba el Profesor Toscanelli, y se dirigió hacia Donald.

—¿Qué hay, General?

Este hizo una seña significativa con la cabeza, como indicando la angustia que le afligía por la situación de Rosalind.

—Bah. No creo que la situación sea desesperada.

En esta ocasión ha fallado el preparado que había dispuesto, pero de todas formas no creo que la situación sea grave.

—Lo que no comprendo, Profesor Toscanelli —dijo el Doctor Kadok—, es cómo ha sido posible que fallara la inyección.

—Amigo Kadok, la naturaleza humana sigue siendo un enigma, a pesar de todos los adelantos de la Ciencia. Cosas que en una ocasión producen una reacción favorable, en otras producen el efecto contrario.

Yo creo que lo mejor será dejarla así durante unos días, con un simple tratamiento de tipo general.

—Pero eso no puede ser —dijo Kadok con calor—. Si la dejamos unos días llegará a recuperar… —de pronto se detuvo; parecía como si en su conciencia considerase que hablaba demasiado—.

—Sí, tal vez tenga usted razón Profesor. Creo que lo mejor será seguir un tratamiento general para que no se debilite, y esperar a ver qué es lo que sucede.

Después de estas palabras, Donald y el Profesor Toscanelli abandonaron la habitación.

—Tiene usted mucho interés por la muchacha, ¿verdad General?

—Sí. Mucho.

—Se conocían ustedes antes ¿No?

—Sí. Desde hace mucho tiempo —dijo Donald con voz opaca por la desesperación.

—¿Y ya entonces la amaba usted, Donald?

—Este se volvió hacia el Profesor Toscanelli y lo miró francamen-
te a los ojos.

—Sí, Profesor. Ya entonces la amaba. Es más, creo que la he amado toda la vida.

—Resulta algo incomprensible eso.

—¿Cómo que resulta incomprensible?, preguntó Donald.— Bueno, quizá no he medido bien lo que quería decir —dijo el Profesor Toscanelli sorprendido—. Quiero decir que no comprendo cómo amándola usted no se casó con ella.

—Son cosas de la vida, Profesor. Creí que no había ningún problema respecto a eso, y un día Rosalind desapareció de mi lado, sin que yo pudiera decirle cuáles eran mis sentimientos.

—Creo que lo mejor es que procure usted distraer su mente de esa idea, —dijo Toscanelli—. Quiero enseñarle bien, General, algunas cosas que usted desconoce en nuestro satélite artificial. Tendré mucho gusto en mostrárselas.

Donald quiso rehuir la invitación para quedarse a solas con su dolor, pero Toscanelli insistió de tal forma que no tuvo más remedio que acompañarle.

Visitaron la parte desconocida hasta entonces por Donald de aquella esfera, en el sector situado al Sur de la misma. Allí se encontraban unas grandes habitaciones repletas de gente, y Donald pudo calcular, aproximadamente, en unos dos mil individuos los que allí vivían.

—¿Qué es esto, Profesor? —preguntó—.

—Es lo que podríamos decir fuerza armada de esta Base. Estas habitaciones que acabamos de visitar son su cuartel. Las puertas de entrada, como habrá usted visto, son de un tipo especial. Se accionan desde dentro y desde fuera, por medio de una célula fotoeléctrica y cierran tan herméticamente que ni un cañonazo seria capaz de desencajarlas de su marco.

—Y ¿a qué obedece esto?

—La razón es bien simple. La posibilidad de que estos hombres entren en acción en cualquier momento contra un eventual enemigo, hace que tengan una salida de emergencia, precisamente en la parte contraria a la puerta. Tienen equipos para lanzarse al espacio en cualquier situación que sea, pero al abrir la salida de emergencia una terrible corriente fría invadiría la esfera y todos los

hombres que fueran pillados desprevenidos, es decir, sin el equipo especial, morirían en el acto. Cerradas así, pues, las puertas, el resto de la esfera queda aislado y pueden moverse con perfecta libertad.

Donald quiso hacer alguna pregunta más al respecto, pero el Profesor Toscanelli cambió de conversación.

—Y ahora, permítame que le abandone, general Donald, pues tengo que preparar el horno crematorio para esta noche.

—¿Qué horno es ese?

—Verá. Aquí no se pueden enterrar los cadáveres. Siempre que alguien muere se le desintegra en un horno crematorio de rayos calóricos.

—¿Y quién es el que ha muerto?

—No. Todavía no ha muerto —dijo Toscanelli—. Se trata del chino que venía con usted. Dentro de hora y media dejará de existir.

Dichas estas palabras el Profesor Toscanelli se dirigió a cumplir su cometido.

CAPITULO XIV

A la hora prevista, Chi Kiang vio como se descorría la puerta de su celda. Un grupo de hombres armados, al frente de los cuales iba Barduk, apareció ante los ojos del oriental. Junto con éstos, Donald Stanton, con gesto indiferente.

—Bien. Vámonos.

El chino permaneció sentado en el suelo sin hacer el menor movimiento.

—¿Has oído mis palabras? —dijo Barduk en tono amenazador.

—Tus palabras ser desagradables como silbido de la serpiente —contestó Chi Kiang.

Una señal de la cabeza de Barduk y dos hombres se dirigieron hacia el oriental, al objeto de obligarle a levantarse por la fuerza. Ya se inclinaban hacia él para cogerle de los brazos, cuando el chino se distendió como un muelle de acero y golpeó con sus pies la cara de sus dos enemigos, que cayeron rodando por el suelo. Rápidamente y con una agilidad inverosímil se puso de pie. Pero ya el resto de la guardia, en número de diez o doce hombres, había penetrado en la celda y se abalanzaba sobre el chino. Durante unos segundos la lucha fue lo más violenta que pueda imaginarse. Muchos eran los hombres que intentaban reducir a la impotencia a Chi Kiang, pero su extraordinario conocimiento de la lucha física, junto con sus acerados músculos, causaba verdaderos estragos entre sus contrincantes. Una cadena ininterrumpida de imprecaciones y de crujidos daba una clara muestra de la eficacia de las llaves y golpes aplicados por Chi Kiang.

Barduk, que en aquella ocasión iba armado, dirigió rápidamente su mano derecha hacia la extraña pistola que colgaba de su cinto. Pero en aquel instante Chi Kiang había caído al suelo, a consecuencia de un golpe asestado en la cabeza, y poco después los maltrechos guardianes que quedaban todavía en pie, consiguieron inmovilizarle.

—Está bien —dijo Barduk—. Atadle y llevadle rápidamente al horno crematorio.

Los hombres no se hicieron repetir la orden. Sacaron aquellos resistentes y extraños cintos y con ellos aprisionaron los brazos y piernas de Chi Kiang, que yacía semiinconsciente, mientras un hilillo de sangre descendía desde la parte posterior de la cabeza, en la que había recibido el golpe, hacia la nuca.

Luego los guardianes lo cogieron en vilo y comenzó aquella fantástica procesión hacia el horno crematorio que iba a ser el final de la vida y aventuras de Chi Kiang.

—Lástima que en nuestra Base no tenga cabida ese hombre, —dijo Barduk admirado—. No he conocido jamás un luchador de semejante categoría.

—Es realmente extraordinario —comentó Donald con gesto indiferente—. Le he visto actuar en muchas ocasiones y sé de lo que es capaz.

—De no haber sido por el golpe afortunado que le ha dado uno de mis hombres en la cabeza, creo que me hubiera visto precisado a usar mi arma para cortar de raíz la terrible furia de ese hombre.

Haciendo, pues, un comentario sobre este asunto, llegaron hasta el llamado horno crematorio. Se trataba de una habitación de forma cúbica, que tendría unos tres metros de larga por otros tantos de ancha y de alta. Las paredes estaban constituidas por una extraña materia brillante, parecida al acero bruñido. No había ni un solo mueble. Tan sólo en el centro del mismo un alargado bloque de la misma materia, a manera de túmulo, con unas argollas adaptadas para sujetar el cuello, los brazos los pies de cualquiera que pudiera estar allí tendido.

—Esta es nuestra sala de incineraciones —dijo Barduk.

—Lo que no comprendo —preguntó Donald—, cuál es el procedimiento que siguen ustedes. No veo ningún motor; ni siquiera un buen montón de leña, como podría ser corriente en estos casos.

—No. Nuestra técnica es muy superior —dijo Barduk—. ¿Ve usted estas paredes? Son de una materia refractaria y sin embargo dejan atravesar los rayos de calor de afuera hacia dentro de la habitación. Por la parte exterior de la misma hay una conexión eléctrica a las propias paredes, que en un par de segundos caldea la habitación hasta más de quince mil grados de temperatura.

Donald asintió en silencio a la explicación de Barduk.

En aquel momento llegaban los guardianes portadores de Chi Kiang y depositaban a éste sobre el túmulo. Luego le aprisionaban las piernas, brazos y cuello en aquellas fortísimas argollas, dejándole incapacitado para hacer ningún movimiento que fuera realmente eficaz.

—¿Dónde está el profesor Toscanelli? —preguntó Barduk.

—Estoy aquí —dijo el aludido—, y salió de una pequeña habitación al lado del horno crematorio, vestido con un largo guardapolvo de color blanco.

—¿Está todo preparado, Profesor?

—Sí. Estoy preparado.

—Está bien. Manos a la obra.

El Profesor Toscanelli volvió a introducirse en aquella habitación, que indudablemente contenía los mandos que ponían en funcionamiento el horno crematorio.

Barduk dio una orden a sus hombres y estos abandonaron la habitación. El Hombre Azul miró fijamente a los ojos del chino, que ya repuesto del golpe recibido en la cabeza, devolvió la mirada con gesto resuelto y desprovisto de temor.

—Bien, amigo, ha llegado tu hora —dijo Barduk—. Me parece que vas a pasar un poco de calor.

El chino aún tuvo ánimos para sonreír ampliamente.

—Mí pasar ahora un poco de calor, pero tu pasar mucho más calor cuando ir al infierno.

En aquel memento llegaba hasta los presentes la voz del Profesor Toscanelli que decía:

—¡Preparado!

El Hombre Azul dio media vuelta y se dispuso a abandonar la habitación. Pero en aquel momento Donald abandonó su pasiva actitud y deteniéndole con la mano izquierda en su marcha le asestó un demoledor impacto en la mandíbula con la derecha, que lanzó a Barduk por encima del túmulo al otro extremo de la habitación.

—Ya puede actuar, Profesor Toscanelli —gritó Donald Stanton —, pero seremos tres las víctimas.

Pasado el primer segundo de sorpresa, uno de los hombres de la guardia apareció en la puerta y apuntó con su pistola a Donald. Un agudo silbido y el hombre cayó fulminado al suelo con un redondo boquete en la sien derecha.

Donald quedó en silencio y poco después oyó la voz del Profesor Toscanelli que rugía como una fiera:

—¡Todo el mundo con las manos arriba!

Los hombres de la guardia quedaron sorprendidos. Otro de ellos intentó hacer uso de sus armas, pero un nueve silbido y cayó desplomado sin vida al suelo. Los demás, ante la indudable decisión del Profesor, optaron por levantar las manos.

Donald no esperó más. En dos zancadas se puso al lado de la primera víctima, y con gesto rápido empuñó la pistola que éste había dejado caer al suelo. Luego salió al pasillo, donde el resto de la guardia se encontraba inmóvil, bajo la amenaza de la pistola del Profesor Toscanelli.

—No tiene usted más que apretar el botón rojo de la parte posterior de la pistola y conseguirá eliminar a cualquiera de sus

enemigos —dijo el Profesor dirigiéndose a Donald.

—Está bien, Profesor, yo cubro a estos hombres. Puede usted desatar a Chi Kiang.

El Profesor se introdujo rápidamente en el horno crematorio y manipuló las argollas que sujetaban al chino. Apenas éste se vio libre de sus ligaduras, dio un salto y cogió la otra pistola que había en el suelo.

—Mi honorable abuelo decir siempre: La única esperanza que perder, ser la de hacerse rico.

—¡Pronto! —dijo Donald a los hombres de la guardia—. ¡Todos al interior del horno!

Estos se mostraron remisos ante la orden, pero los tres hombres levantaron sus pistolas hacia ellos y poco después se decidían a entrar.

—¿Cree que los podemos encerrar ahí, Profesor?

—Sí, Donald. Ni podrán derribar la puerta ni sus golpes podrán oírse.

Poco después el Profesor Toscanelli cerraba la puerta de acceso, dejando allí prisioneros a los guardianes.

—¡Por fin! —dijo el Profesor Toscanelli—. Creí que no iba a tener efecto mi acción.

—Estoy sumido en un mar de confusiones —dijo Donald rápidamente—, ¿Puede explicarme todo esto, Profesor?

La cosa está bien sencilla, Donald. Como usted sabe, esos monstruosos insectos tienen la facultad con su picadura de cambiar la conciencia de los hombres. Yo he sido una víctima de ellos, pero los efectos de la picadura van pasando lentamente. Cuando yo pude percatarme de eso, seguí disimulando una fidelidad absoluta, para evitar que se me aplicara otra dosis. Después de la primera vez, suele aplicarse en inyecciones, que no son tan eficaces, pero sí lo suficiente para un individuo que ya ha sido inoculado por ese mosquito. Durante más de un año he trabajado para hallar la composición de esa terrible secreción y por fin pude dar con el antídoto para neutralizarla. Todos los ejemplos que poseemos aquí de ese mosquito han sido neutralizados por mí, como asimismo las reservas en inyecciones. Desgraciadamente no pude comprobar su eficacia, hasta que fue sometido usted a la prueba, Donald. Pero ha disimulado usted tan bien, que por un momento llegué a creer que había fracasado en mi empresa. Ese fue el motivo de que yo no me sincerara con usted. La presencia de Rosalind, y la ineficacia de las nuevas dosis, me hizo recuperar de nuevo la esperanza. Por eso estaba preparado para entrar en acción en cuanto usted diera la más

leve señal de no haber sufrido los efectos de la terrible picadura.

La explicación del Profesor Toscanelli dejó atónitos a Donald y Chi Kiang.

—Si mi honorable abuelo oír estas cosas, decir que Chi Kiang ser un gran embustero.

—Bien. No podemos perder tiempo, —dijo Donald—. En realidad nuestra situación es extremadamente crítica.

CAPITULO XV

ERA verdad que los tres terrestres se encontraban en una situación sobremanera comprometida.

—Bien ¿qué es lo que debemos hacer ahora, Donald? —preguntó Toscanelli.

—No he de ocultarle, Profesor, que la situación es extremadamente difícil. Hemos atacado a la desesperada; Sin embargo no creo que tengamos muchas posibilidades de salir con éxito de esta empresa. Hemos de ver si ha llegado la alarma a los ocupantes de esta Base.

—Una cosa he de decirle —añadió Toscanelli—, y es que las fuerzas armadas que ocupan la Base, por ahora no pueden hacer nada contra nosotros, pues me tomé la molestia anteriormente de destruir la célula fotoeléctrica que acciona las puertas que comunican su cuartel con el resto de este ingenio.

—Esa es la mejor noticia que he escuchado en los últimos años —dijo Donald con una sonrisa, comenzando a entrever la posibilidad de salir con vida.

—Quizá nosotros poder comunicar con la Tierra —dijo Chi Kiang.

—No nos serviría de nada —repuso Toscanelli—. Nos encontramos a unos doscientos ochenta mil kilómetros de la misma. No hay ningún aparato que sea capaz de llegar hasta nosotros.

—Yo pensar eso —dijo Chi Kiang—, pero nosotros advertir Tierra de gran peligro que amenaza. Ser por lo menos un triunfo en esta empresa.

—Me parece muy bien —dijo Donald—. Las palabras de Chi Kiang son harto razonables. Si pudiéramos comunicar con la Tierra les advertiríamos del grave peligro que la amenaza, al objeto de que tomaran las medidas que consideraran oportunas.

—Los equipos de comunicaciones de esta astronave pueden perfectamente comunicar con la Tierra. Son ondas de radar y pueden transportar nuestro mensaje a los pueblos de la misma, a poco que tengamos algo de suerte.

—Entonces, vamos hacia la cabina.

Sigilosamente se dirigieron, pues, hacia la sala donde estaban instalados los equipos de intercomunicación, cuando de pronto, Donald, se detuvo un instante.

—Profesor, ¿usted conoce el mecanismo de esta astronave?

—Sí. De una manera general, puedo decir que sí.

—Pero —añadió Donald—, ¿conoce el sistema de que se sirven para trasladarse de un lugar a otro?

—Sí. Se lo explicaré, amigo Donald: Esta astronave aprovecha la atracción gravitatoria de los astros. Es incluso relativamente fácil el manejo de los dispositivos que se emplean para tal caso.

—Pienso —dijo Donald— que tal vez ahí tengamos una posibilidad de triunfar en esta aventura.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Quizá si pudiéramos asaltar la cabina de pilotaje y reducir a la impotencia a los hombres que en ella haya, podríamos llevar esta esfera hasta la misma Tierra; incluso tal vez pudiéramos aterrizar en algún lugar del Océano o de la Tierra.

Toscanelli se quedó pensativo unos segundos, y un brillo de entusiasmo se reflejó en su mirada.

— ¡Bravo, general! Creo que eso no es tan imposible. Si podemos dominar a la dotación de la cabina de pilotaje, la cosa será relativamente fácil.

—Entonces, vamos hacia ella.

Los tres hombres se dirigieron cautelosamente, pues, hacia la parte de la esfera donde estaba enclavada la cabina. Cuando desembocaron en el estrecho pasillo que conducía a la misma, Donald hizo un gesto y se detuvieron todos.

—Profesor ¿cuántos hombres compondrán la dotación que gobierna la nave?

—Son once en total —contestó el aludido—.

—Hay que pensar alguna estratagema para dominarlos, pues si fracasa este golpe todas las esperanzas se habrán perdido.

—Yo creo —insinuó el profesor Toscanelli—, que si nos presentáramos de improviso y les amenazáramos con las armas, podríamos reducirlos a la impotencia.

—Es posible —dijo Donald—, pero tengamos en cuenta que es la última carta que nos podemos jugar. Si alguno de esos hombres saca sus armas a su vez, ya nada tendríamos que hacer. Quizá pudiéramos eliminar a cuatro o seis de ellos, pero los demás acabarían con nosotros.

—Creo que es un albur que debemos correr —dijo Toscanelli—. Después de todo, la vida no tiene importancia cuando la empresa es de tal gravedad.

—No. No es el perder la vida lo que me preocupa, sino el fracasar en la empresa, dependiendo tanto de nosotros para la humanidad terrestre. Por ello quisiera asegurarme lo más posible.

—Amigo Donald tener razón —dijo Chi Kiang—. Honorable abuelo Chi Kiang decir siempre: Cazador valiente si ser astuto cazar dos piezas de un tiro.

—Entonces ¿qué plan se le ocurre, Donald?

—Creo que hasta ahora nadie se ha percatado de nuestra acción.

—Eso parece.

—Entonces, usted podría aproximarse a la cabina, profesor, y, con cualquier motivo, procurar alejar del interior de la misma el mayor número de hombres posible. Luego intervendríamos nosotros.

Toscanelli pensó durante un momento, y por último se decidió.

—Está bien.

—Nosotros podemos escondernos aquí —dijo Donald señalando un recodo del pasillo—. Apenas haya usted descongestionado el interior de la cabina de enemigos, acudiremos rápidamente y procuraremos reducir a los demás.

Estaban discutiendo estas cosas, cuando la pequeña puerta al final del pasillo, que comunicaba la cabina de pilotaje con el resto de la astronave, se abrió y dio paso a dos hombres.

—¡Cuidado! —dijo Donald.

Los tres se apretaron contra la pared, al objeto de pasar desapercibidos ante aquellos dos individuos. Estos avanzaban tranquilamente por el pasillo, hasta que llegaron a la altura de los tres hombres. Donald y Chi Kiang los dejaron pasar. De pronto Donald hizo una seña al oriental y se abalanzaron como dos catapultas contra los desprevenidos sujetos.

La lucha fue breve. Los enemigos en pocos segundos habían quedado fuera de combate, sin apenas haber podido hacer resistencia.

—Bien —dijo Toscanelli—, ya tenemos dos menos.

—Ahora vamos a atar a estos individuos —ordenó Donald.

Con la propia tela de sus ropas, hicieron unas ligaduras que ataron y amordazaron muy convenientemente a los dos hombres azules.

—Pues preparados para el resto —dijo el profesor Toscanelli—. Procuraré hacer que salgan lo más rápidamente de allí.

—Vamos a esconder a estos individuos en el recodo que nos servirá de guarida mientras usted actúa, profesor.

Con pocas consideraciones arrastraron a sus dos víctimas hasta aquel ángulo, e hicieron una seña al profesor Toscanelli para que se dirigiera a la cabina de pilotaje. Este aspiró profundamente y con paso sereno se dirigió hacia la pequeña puerta. Cuando le faltaban

unos cuantos metros para llegar, emprendió veloz carrera y se arrojó contra la puerta, golpeándole furiosamente. Casi al instante uno de los ocupantes de la cabina la abrió. Asombrado ante el gesto desencajado del profesor Toscanelli, le preguntó:

—¿Qué sucede, Profesor?

—¡Pronto! ¡Todos los hombres libres vayan a reunirse con Barduk, atravesamos un momento de gran peligro!

—Pero, bueno, ¿qué es lo que dice, Profesor? —intervino otra voz.

—¡No pierdan un instante! —dijo el hombre con voz que matizó un tono de angustia.

—Cuatro o seis de los hombres que estaban en la cabina se levantaron como electrizados por aquellas palabras y echaron a correr por el pasillo en dirección al puesto de mando de Barduk. Este fue el momento que aprovechó el Profesor Toscanelli para meterse en el interior de la cabina.

— ¿Pero qué es lo que ha sucedido, Profesor?

—No sé. Al parecer se trata de una sublevación de las fuerzas armadas de la astronave.

—¡Pero bueno; eso es un disparate!

En aquel instante Chi Kiang y Donald aparecían en el umbral de la puerta y apuntando con sus armas a los cinco hombres que quedaban en la cabina, dieron una orden seca:

—¡Arriba las manos!

Al principio parecieron no comprender qué era aquello, pero el decidido gesto de Donald, apoyado por el del Profesor Toscanelli, que acababa de sacar también su pistola de aire comprimido, evidenció a los ocupantes de la cabina que la cosa iba en serio.

—¡De cara a la pared y sin hacer el menor movimiento! —ordenó Donald.

Los hombres obedecieron, convencidos de que la amenaza no era una broma.

—Bueno, Chi, átalos.

Nuevamente el chino improvisó unas ataduras y fue inutilizando a sus enemigos.

—Bien, Donald; la cosa ha salido a pedir de boca.

—Ahora tendremos que actuar con gran rapidez —dijo el profesor Toscanelli mientras se sentaba frente al complicado cuadro de mandos que servía para el pilotaje de la nave.

Durante unos segundos estuvo accionando diversas palancas y conmutadores bajo la curiosa mirada de Donald. Luego se volvió hacia éste:

—Donald, ¿ve usted aquel volante que hay en la pared de la izquierda'?

—Si.

—Déle un cuarto de vuelta.

Donald ejecutó lo ordenado rápidamente.

—Bien. Ahora tire de la palanca que tiene arriba. Tire hacia abajo.

Donald volvió a obedecer con prontitud.

En la gran pantalla existente en la cabina, las ondas chisporroteantes comenzaron a adquirir una mayor intensidad.

—Bueno. ¡Ya lo hemos conseguido! —dijo el profesor Toscanelli —, En estos momentos vence la atracción de la Tierra nos dirigimos hacia ella.

Toscanelli siguió manejando los mandos, y la intensidad de la onda fue subiendo de tono.

—¿Quiere mirar usted el registro ese que tiene a su derecha?

Donald hizo lo indicado.

—Doscientos diez mil.

— ¡Magnifico! ¡Vamos adquiriendo gran velocidad!

Donald miraba fascinado en el registro que indicaba la altitud de la esfera. Con gran velocidad iba descendiendo la cifra del mismo.

—Ciento noventa mil —volvió a comunicar.

—Las cosas marchan —dijo el profesor Toscanelli—. Siga usted cantándome las cifras que dé el registro.

—Ciento sesenta mil. Ciento treinta mil. Cien mil.

Durante varios minutos la cosa fue adelante sin la menor alteración. De pronto, Chi Kiang, dio la alarma.

—¡Donald, venir hombres hacia aquí!

El aludido se volvió a tiempo de ver un grupo de cuatro o cinco hombres que avanzaban corriendo hacia la cabina por el estrecho pasillo que conducía a la misma

Donald no lo pensó un instante. Sacando su pistola de aire comprimido disparó hacia aquellos hombres, secundado por Chi Kiang, que había actuado, asimismo, con gran rapidez. Afortunadamente, el pasillo era muy estrecho y el acceso a la cabina muy difícil si ésta se encontraba defendida por hombres armados.

—Así ya no tenemos que temerles —dijo Donald—. Por cierto, se me ocurre una cosa, Profesor: ¿Qué carga tiene esta pistola'?

—No se apure por eso —dijo Toscanelli—; el depósito de aire comprimido contiene este gas a altísima presión. Esa carga está calculada para diez mil disparos.

Las palabras de Toscanelli tranquilizaron a Donald, que por un momento temió quedarse sin municiones.

—Ya vuelven otra vez, Donald.

En efecto. Nuevos pasos precipitados se escucharon a la otra parte del pasillo. Donald y Chi Kiang recibieron a los nuevos atacantes disparando sin interrupción, llenando los ámbitos de la cabina y del pasillo con aquellos penetrantes silbidos. Pero esta vez los Hombres Azules respondieron de igual modo y fue un verdadero milagro que ninguno de los hombres fuera herido por aquellas andanadas.

Donald y Chi Kiang dispararon con rapidez sus pistolas y obligaron a los enemigos a guarecerse en un recodo del pasillo.

—Nos encontramos ya muy cerca de la Tierra —dijo con voz excitada Toscanelli.

En aquel instante los tres terrestres pudieron oír claramente una voz a través de una pequeña puerta situada al fondo de la cabina:

—….. sí, un aparato nuestro ha salido en dirección de la Base Celeste 4.

—No hay tiempo que perder. Nuestros enemigos han conseguido hacerse con el mando de la Nave y llevan intención de posarla sobre la Tierra. ¡Pronto! ¡Pronto! —se oyó otra voz.

Donald quedó sorprendido, pero inmediatamente reaccionó y mientras ordenaba a Chi Kiang que permaneciera vigilante, se dirigió a la pequeña puerta, la abrió de una violenta patada, y vio que se trataba de la cabina de comunicaciones. Un hombre estaba allí manejando los complicados aparatos que servían para tal menester. El Hombre Azul se volvió apuntando con su pistola a Donald, pero éste disparó una décima de segundo antes y el hombre se desplomó sin vida sobre los instrumentos que habían servido para que pudiera comunicar a la Base Celeste 5 la situación.

—En la excitación del momento no me acordé de prevenirle que ahí al lado está el equipo de emisión, que siempre tiene un hombre de guardia.

—¿Puede determinar la situación en que nos encontramos, Profesor?

Toscanelli consultó una serie de instrumentos.

—Aproximadamente, a unas quinientas millas de la costa norteamericana del océano Atlántico.

—Bien. Hay que amerizar como sea. Estoy convencido de que a estas horas nuestros observatorios en la Tierra nos habrán ya localizado.

De pronto, y al fondo del pasillo, Donald vio una figura que le

hizo soltar un grito. Era Rosalind, que aparecía con toda nitidez iluminada por la luz que pendía del techo del pasillo.

—¡Rosalind! ¡Rosalind! ¡Apártate de ahí! —gritó Donald.

Dos de los hombres que estaban escondidos en el recodo se dirigieron hacia ella violentos. Donald no pudo contenerse. Con gesto rápido salió al pasillo y se dirigió hacia el lugar que ocupaba Rosalind. Dos hombres le salieron al paso y dos rápidos disparos de la pistola de Donald los dejaron fuera de combate. Chi Kiang había salido como una exhalación detrás de Donald y poco después los dos terrestres caían sobre un grupo de seis hombres que esperaban agazapados en el recodo del pasillo.

La inesperada acción de Donald y Chi Kiang los pilló de sorpresa, dándoles una ventaja inicial a los terrestres, que les permitió en poco tiempo deshacerse de sus enemigos. Luego cayeron como dos trombas sobre los hombres azules que habían cogido, a Rosalind y se libró una batalla cuerpo a cuerpo.

Donald dio un resbalón desafortunado y se golpeó la cabeza sobre el suelo, quedando durante unos segundos aturdido Fue Chi Kiang quien le libró de una muerte cierta al lanzar a su propio contrincante contra el hombre que apuntaba con su arma a Donald. Se oyó un agudo silbido, pero afortunadamente el proyectil de aire comprimido no dio en el blanco. De un salto se puso Donald en pie y agarró a su contrario; con un fuerte torcimiento de muñeca le obligó a soltar el arma y poco después un puñetazo dado en el cuello lo dejaba fuera de combate.

Chi Kiang terminaba, asimismo, en aquel momento con su contrario, rompiéndole un brazo mediante una poderosa llave de jiu-jitsu.

Donald se aproximó a Rosalind y la cogió de la muñeca, arrastrándola a toda velocidad hacia el interior de la cabina.

La muchacha tenía los ojos desencajados y el color había huido de sus mejillas. Pero la energía de su actitud indicaba claramente que estaba al cabo de todo lo que sucedía.

—¡Gracias a Dios, Donald! ¡Gracias a Dios por encontrarme a tu lado!

—¡Rosalind! ¡Querida! —dijo éste, mientras la abrazaba tiernamente.

En aquellos instantes la voz del profesor Toscanelli les sacó de su momento de efusión.

—¡Preparados! Vamos a chocar contra la superficie del mar.

Tanto el profesor Toscanelli como los otros tres terrestres, se afianzaron lo mejor que pudieron, al objeto de resistir el choque de

la esfera. Había disminuido su velocidad al mínimo, pero aun así el impacto iba a ser terrible.

Pasaron unos segundos de angustia, y por fin la esfera cayó sobre la superficie marina. Una sacudida brutal la conmovió hasta sus más íntimos cimientos. Los cuatro terrestres, a pesar de hallarse prevenidos y bien sujetos, salieron disparados en distintas direcciones, golpeándose violentamente contra las paredes o los utensilios de la habitación.

Más de un minuto tardaron en reponerse de la violencia del golpe.

—¿Cómo te encuentras, Rosalind? —preguntó Donald.

—Estoy bien —dijo la muchacha con voz débil.

—Yo estoy bien, no se preocupe —dijo Toscanelli.

—Chi Kiang ser duro como la carne que preparar su honorable esposa Trocito de Jade.

—Bien, vamos a intentar salir de aquí —ordenó Donald enérgicamente.

Los cuatro seres salieron al pasillo y bajo la dirección de Toscanelli se dirigieron hacia una de las escotillas de salida de la astronave. En su camino pudieron observar los terribles efectos producidos por el choque con la superficie marina. Todo aparecía revuelto y destrozado. En muchas ocasiones encontraron varios Hombres Azules caídos por el suelo, quejándose y sangrando por distintas heridas.

Por fin llegaron al ascensor que pretendía alcanzar el profesor Toscanelli.

—Si no se ha estropeado, pronto estaremos en la superficie.

Los cuatro seres se metieron dentro. El profesor Toscanelli pulsó un botón. Afortunadamente el mecanismo no había sufrido graves daños y poco después se encontraban en la parte superior de la esfera.

Toscanelli asió con fuerza una pequeña palanca y tiró de ella. Una sección de la superficie de la esfera se descorrió, dejando ver a los terrestres un espacio de cielo, donde lucia brillantemente el sol.

Con gran rapidez salieron al exterior de la esfera. Se encontraban aproximadamente a la altura de la red metálica que rodeaba a la misma en sentido ecuatorial.

—Profesor Toscanelli, hemos de abandonar este ingenio cuanto antes —gritó Donald.

Los cuatro seres se lanzaron a caminar por aquella enorme red cayendo y levantándose a cada instante, pues era extraordinariamente difícil avanzar.

Ya se encontraban a más de la mitad de su camino cuando en el horizonte, a una altura inaccesible para un avión terrestre, se vio aparecer un punto luminoso que se dirigía vertiginosamente hacia la esfera.

— ¡Aprisa! ¡Aprisa! —gritó Donald.

Por fin pudieron llegar al borde de la red, que se encontraba a unos cincuenta metros sobre la superficie del mar.

—¿Cómo vamos a resolver esto? —dijo Toscanelli.

—No hay más que una forma —dijo Donald—. Hemos de lanzarnos al agua.

Chi Kiang fue el primero en dar el ejemplo.

—Ser salto fácil. Seguidme todos.

Con un ligero impulso se lanzó al vacío para caer poco después chapoteando sobre la superficie del mar.

Rosalind miró a Donald y éste la abrazó tiernamente para infundirle ánimos.

—Ten ánimo. Rosalind. Abajo te espera Chi Kiang.

La muchacha se estrechó un segundo sobre el pecho de Donald y luego, con gesto decidido, se dejó caer. Poco después lo hacían Donald y el profesor Toscanelli.

—¿Todos bien? —preguntó Donald.

—Sí —fue una contestación unánime.

—Hemos de separarnos cuanto antes de la esfera.

Furiosamente nadaron los cuatro terrestres, alejándose cada vez más de la esfera con la redoblada fuerza que les daba la desesperación.

Se habrían separado unos doscientos metros cuando el navío aéreo que habían divisado poco antes apareció en todo su esplendor y fuerza en un vuelo en picado cuyo objetivo era la esfera.

Cuando llegó a quinientos metros de la misma detuvo su marcha vertical para dar tres o cuatro vueltas, observando atentamente el ingenio posado a la deriva sobre la superficie marina. Luego volvió a tomar altura para dejarse caer en la clásica posición de ataque en picado.

Poco después un deslumbrador destello surgió de las extrañas armas de la aeronave, viniendo a incidir sobre la metálica superficie de la Base Celeste número 4.

La esfera comenzó a ponerse roja para pasar luego a un tono blanco brillante, mientras las aguas de los alrededores comenzaban a hervir, lanzando al aire una poderosa cortina de vapor.

Poco después el extraordinario ingenio aéreo se fundía totalmente, hundiéndose en el mar, mientras llegaba a los cuatro

fugitivos una ola de calor que apenas si podían resistir.

F I N

COLECCION

LUCHADORES DEL ESPACI

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. Whi*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1, en peligro, *Alf. Regaldie*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. W*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Reg*
11.—La abominable bestia gris, *George H. W*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. W*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Al galdie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. Whit*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. W*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H.*
36.—La guerra verde, *George H. White*

37.—**Amenaza latente.** *Larry Winters.*
38.—**Los hombree de Noidim.** *Larry Win*
39.—**La nueva patria.** *Larry Winters*
40.—**El hombre rojo de Tacom.** *Walter C*
41.—**El reino de las sombras.** *Walter Carri*
42.—**Las bases de Tarka.** *Walter Carrigan.*
43.—**El** ***Kipsedón*** **sucumbe.** *Walter Carrigan*
44.—**Motín en Valera.** *George H. White.*
45.—**El enigma de los hombres planta.** *Ge*
White.
46.—**El azote de la humanidad.** *George H.*
47.—**La ruta de Marte.** *Larry Winters.*
48.—**Expedición al Eter.** *Larry Winters.*
49.—**Fugitivos en el Cosmos.** *Larry Winter*
50.—**Avanzadilla a la Tierra.** *Larry Winter*
51.—**Amor y muerte en el Sol.** *Mike Gradse*
52.—**Fymo, nuevo Mundo.** *Joe Bennett.*
53.—**Tierra de enigmas.** *Joe Bennett.*
54.—**Asteroide maldito.** *Joe Bennett.*
55.—**Operación cefeida.** *Profesor Hasley.*
56.—**El Atom S-2.** *George H. White.*
57.—**El coloso en rebeldía.** *George H. Whit*
58.—**La bestia capitula.** *George H. White.*
59.—**El Enigma Cósmico.** *Profesor Hasley.*
60.—**Extraño Visitante.** *George H White.*
61.—**Más allá del Sol.** *George H. White.*
62.—**Los hombres de Alfa.** *Profesor Hasley*
63.—**Entropía.** *Profesor Hasley.*
64.—**Marte, el enigmático.** *George H. Whit*
65.—**¡Atención... Platillos volantes!.** *G. H.*
66.—**Raza diabólica.** *George H. White.*
67.—**Un astro en el camino.** *C. Aubrey Rice.*
68.—**Intruso sideral.** *Profesor Hasley.*
69.—**Llegó de lejos.** *George H White*
70.—**Cuando el monstruo ríe.** *Alf. Regaldie.*
71.—**Heredó un mundo.** *George H. White.*
72.—**Desterrados en Venus.** *George H. Whi*
73.—**La legión del Espacio.** *George H. Whit*
74.—**Bolas Blancas de Yereblu.** *C. Aubrey*
75.—**La Ciudad Submarina.** *Red Arthur*
76.—**Pánico en los espacios Siderales.** *Karel*
77.—**El mundo sumergido.** *Profesor Hasley.*
78.—**Base Sakchent núm. 1.** *Profesor Hasle*
79.—**Sosias infernales.** *Karel Sterling.*
80.—**Gan-X.** *C. Aubrey Rice.*
81.—**«Ellos» están aquí.** *George H. White.*
82.—**El enigma de C. O. E..** *Profesor Hasley*

«LA GRAN AMENAZA»

La lucha de tres esforzados seres contra un mundo misterioso y terrible, descrita por la mano maestra del

PROFESOR HASLEY

Seres profundamente humanos en lucha desesperada con el Pueblo del Espacio, la humanidad amenazada de una terrible destrucción, angustias y heroísmo barajados admirablemente en esta nueva novela llena de calidades humanas, que estamos seguros apasionará a nuestros lectores.

«LA GRAN AMENAZA»

es el título que aparecerá próximamente en la magnífica colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*